

2⁵⁰ Ptas.

LUNA y FRUTOS

Biblioteca Cine Nacional

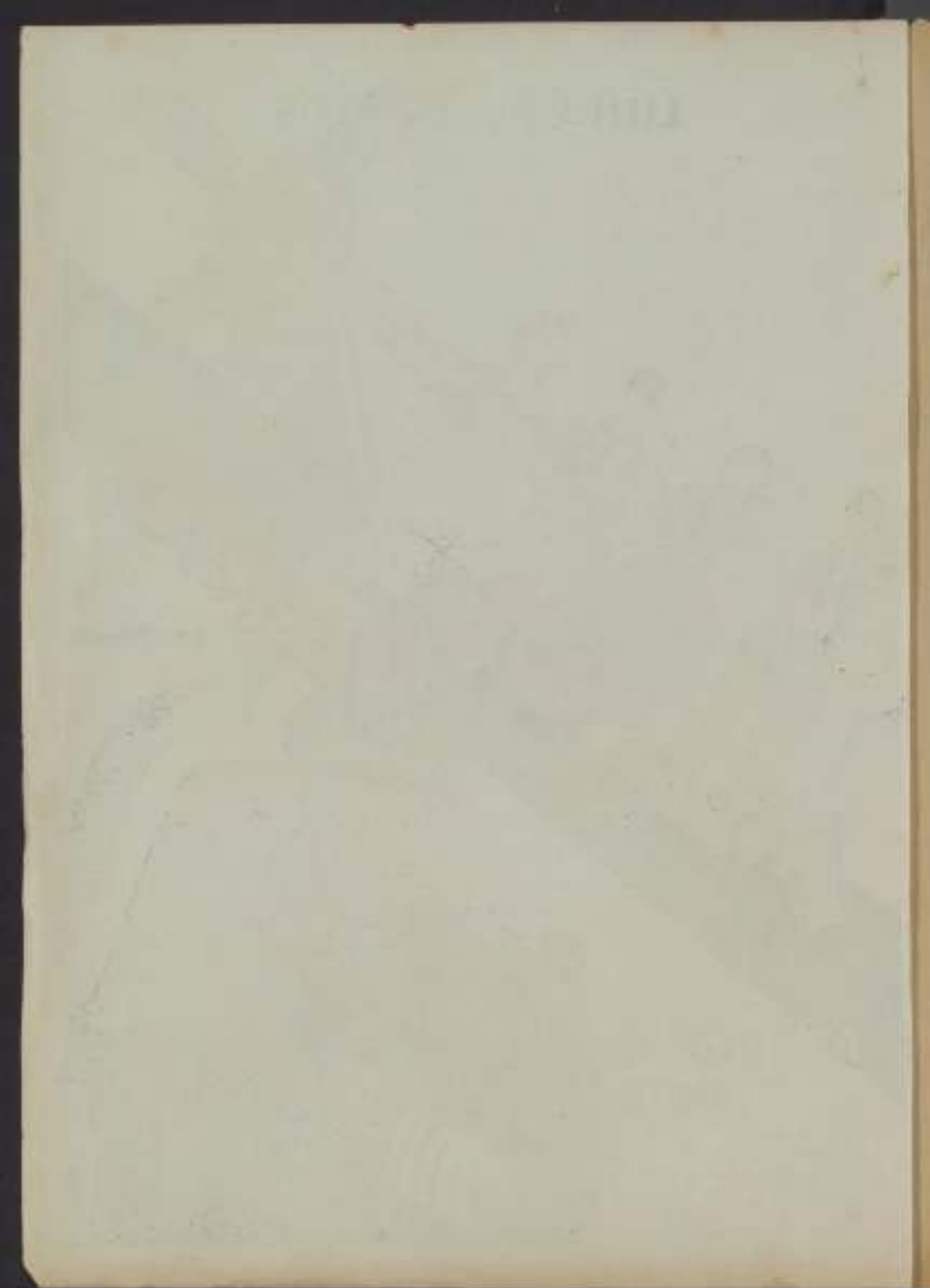
SERIE ALFA



The poster features a large, stylized illustration of a windmill in the upper right. A family of five is depicted in the center, appearing to be blown away by a strong wind represented by a large, dark blue diagonal band. The family consists of a man in a cap and vest, a woman in a long dress, and three children. The title 'MOLINOS DE VIENTO' is written in large, bold, red letters across the blue band. In the bottom right, a black and white photograph shows a man in a naval officer's uniform embracing a woman in a grey coat. A small logo is visible on the right side of the blue band.

MOLINOS DE VIENTO

DIDRO
TEROL
MARIA
MERCADER





AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BADAJOS, 14 y 16
BARCELONA

TETUAN, 10
MADRID

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

NOVIEMBRE 1962

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA

Valencia, 234 - Teléfono 76557

BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

FUNDADOR Y DIRECTOR:
Ramón Sala Verdaguer

EDITORIAL
"ALFA"

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Rusado 787 - Teléfono 78637
BARCELONA

AÑO I

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE * ALFA

NUM. 1

MOLINOS DE VIENTO

Ha sido llevada a la pantalla, esta bellísima obra lírica y apasionante tema de amor y juventud, de nuestro teatro, y al realizarse se ha hecho con esa justeza de ambiente y conservando toda la idílica trama, que aumenta - - en interés y en valor pasional. - -

EXALTACIÓN LÍRICA DE LA POPULARÍSIMA OPERETA
DE LOS MALOGRADOS AUTORES
LUIS PASCUAL FRUTOS

Y
PABLO LUNA

DISTRIBUIDA EN ESPAÑA Y COLONIAS POR



DELTUACIONES:

MADRID
BILBAO
VALENCIA
SEVILLA
MÁLAGA
MURCIA
LA CORUÑA
PALMA DE MALLORCA
LÉRIDA

ANIMADOR Y PROPIETARIO

LUIS CABEZAS

PRODUCCIÓN - DISTRIBUCIÓN

VALENCIA, 213 - BARCELONA

INTERPRETES PRINCIPALES

Margarito	MARIA MERCADER
Capitán Alberto	PEDRO TEROL
Cabo Stok	RAFAEL L. SOMOZA
Romo	ROBERTO FONT
Sabina	María Gámez

Dirección:

ROSARIO DI

Fotografía y montaje:

A. MACASOLI

Adaptación y dirección diálogos:

P. LADRON DE GUEVARA

Adaptación musical:

Maestro NICOLAU

Decorados:

ESPIGA

Ingeniero sonido:

ENRIQUE LA RIVA

La riqueza y originalidad de sus escenarios, la belleza del tema y la cuidada interpretación que la anima, hacen de esta comedia musical la más alta expresión cinematográfica que de una obra lírica se llevó a realización en nuestra pantalla nacional.

Narración literaria de la novela
MANUEL RÍETO GALÁN

PARA TI...

Para ti, bella lectora o simpático lector, son estas líneas a manera de «prólogos», al someter Editorial «Alas» a tu benevolencia y crítica su primer número de BIBLIOTECA FILMS NACIONAL.

No es una presentación precisamente, pues después de más de quince años de gozar de tu constante favor, creemos aquella injustificada.

Además, Editorial «Alas», por haber conservado sin interrupción alguna sus nombres genéricos de BIBLIOTECA FILMS y FILMS DE AMOR, después de tantos años, es sólida garantía de que BIBLIOTECA FILMS NACIONAL, será también la simpática novela cinematográfica preferida por los inteligentes.

Renovarse o morir, éste es nuestro lema, y hoy aparece BIBLIOTECA FILMS NACIONAL, con sus mejores galas, rejuvenecida y moderna, sin que el tiempo haya dejado huella alguna en esta publicación, que, por ser el «Benjamín» de Editorial «Alas», os lo confía a vosotros, lleno de amor y cariño.

Te presentamos en nuestro primer número la celebrada opereta MOLINOS DE VIENTO, filigrana literaria del malogrado autor Luis Pascual Freixas, y música del inspirado Maestro LUNA, que ha servido para ilustrar con gran acicate y delicadeza

la adaptación a la pantalla de la obra de imperecedero recuerdo **MOLINOS DE VIENTO**.

En **BIBLIOTECA FILMS NACIONAL**, aparecerán las obras de más positivo valor de la cinematografía, del teatro y de la literatura, pero, como el título indica, de producciones exclusivamente **NACIONALES**.

Tenemos en gran estima el anunciar que en **BIBLIOTECA FILMS NACIONAL** aparecerán con todo respeto y veneración los nombres gloriosos y más celebrados de autores tan admirados como Benavente, Armando Palacio Valdés, Echegaray, Romero y Fernández Shoto, José María Pemán, Vázquez de León, Pérez Lugín, Francisco Gargallo, Rosario Pi, etc., etc.

Después de tantos y tantos titánicos esfuerzos de nuestra cinematografía, bien merece un marco preferente, exclusivo y adecuado, como el que brinda Editorial «Alas» a la producción Nacional.

Mientras, se irán introduciendo en **BIBLIOTECA FILMS NACIONAL** importantes mejoras, que la harán, a no tardar, como la primera **BIBLIOTECA FILMS**, el título de la supremacía.

Editorial «Alas» presenta también la nueva publicación **NUESTRO TEATRO**, siendo los primeros títulos **LOS INTERESES CREADOS**, **LA TABERNA DEL PUERTO**, **MARIA DE LA O**, **LUISA FERNANDA**, **MARIA MAGDALENA**, etc.

Asimismo, entre otras nuevas ediciones, continuará sus lauros aquel **CANCIONERO**, primero en su género, que todos han imitado, pero que nadie ha conseguido igualar.

Y, por último, gran variedad de publicaciones diversas, para todos los gustos, dentro de la moral y buenas costumbres.

Al entrar en el palenque editorial la nueva publicación **BIBLIOTECA FILMS NACIONAL**, saluda con efusión a sus lectores, a la prensa cinema-

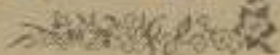
lográfica, y de un modo preferente a todos los que han intervenido en la Cinematografía Nacional, desde sus primeros balbuceos hasta los que ahora tras ímprobos esfuerzos empiezan a recoger la cosecha de aquella semilla, que tan fructífera aparece, alumbrada por el nuevo Sol de Paz, Justicia y Trabajo que en nuestra querida España empieza a sonreír.

Mayo de 1932. Año de la Victoria.

El Editor.

A handwritten signature in dark ink, appearing to read "J. R. Sola". The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke extending to the right.

Recuerde este título
JARDIN
& **PAPEL**



MOLINOS DE VIENTO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

DÍA DE FIESTA

EN la bella isla de Volendam, allí hasta donde los pájaros y las flores parece que continuamente hablan de amor, vivía una muchacha de extraordinaria belleza llamada Margarita. Era una joven de 20 años, preciosa como un sol de primavera y de alma ingenua y sencilla, que jamás había conocido el amor. Muchos eran los mozos que habían pretendido el corazón de Margarita, pero ella, insensible a todas las súplicas amorosas, esperaba como la princesa de Rubén Darío al príncipe encantador que la sacara de su palacio en su carruaje de oro. Y en aquella abstención absoluta del amor, Margarita vivía feliz y confiada, segura de que había de llegar el día de que el Dios de la juventud llamara a su corazón para indicarle cuál era la verdadera dicha.

En todo el pueblo se reconocía la belleza de Margarita como algo excepcional y entre sus conciudadanos se la citaba como tipo extraordinario que sobresalía a todas las demás.

Y eso que en la isla de Volendam, las muchachas, bellas todas ellas, tenían que sufrir el desvío de los jóvenes. Los hombres casaderos, apenas si se fijaban en aquellos ramilletes de flores y entretenían sus ocios en beber cerveza en las tabernas o en celebrar fiestas y bailes, pero sin que ninguno dirigiera a ninguna de ellas esa palabra ansiada de toda mujer que es promesa de matrimonio. Aquella actitud de los jóvenes tenía desesperadas a las pobres muchachas, pero como no tenían a quienes recurrir habían de contentarse con que alguno de ellos, cansado de la vida de soltero, o cari-

sado de beber cerveza, se acercase a una y la ofreciese ser su marido. Un casamiento en Volendam era algo tan extraordinario que podía decirse que el día que se celebraba era casi un día de fiesta por lo extraordinario del acontecimiento.

Pero entre todos aquellos jóvenes incógnitos de las bellezas que los rodeaban, había un pobre infeliz que se hallaba profundamente enamorado. Y era éste Romo, el dependiente de la taberna, que había puesto sus ojos pecadores en Margarita, en la belleza simbólica de la isla. ¡Pero cuánta diferencia de Romo a Margarita! El era tímido como una colegiala, incapaz de declarar su amor a nadie y menos aún a la dueña de todos sus pensamientos. Margarita, por su parte, jamás hubiera sospechado que Romo estuviese enamorado de ella, y en esta ignorancia y en esta timidez del muchacho, Romo seguía bebiendo todos los días para ahogar sus penas de amor, y Margarita seguía esperando el príncipe encantado.

La principal riqueza de Volendam era la pesca. Allí casi todos los hombres se dedicaban al mar y era un orgullo para ellos el poder referir mayores peligros corridos o el narrar anécdotas de sus correrías por aquellos mares de cuyo fondo sacaban el

rico tesoro de la pista de sus pescados.

Precisamente el día en que comienza nuestra narración, todas las barcas se hallaban en alta mar. Era ya media mañana cuando se vieron en lontananza que algunas de ellas enfilaban sus proas hacia la orilla, y las mozas y viejos corrieron hacia la playa para dar la bienvenida a los bravos pescadores.

El único que permanecía quieto a la puerta de su taberna era Romo que, imposible, veía desfilar a las mozas hacia el desembarcadero. Una de ellas al pasar junto al muchacho le dijo alegremente:

—¡Más tarde que nunca te levantas hoy, Romo! ¿Se te han pegado las sábanas?

Romo movió la cabeza negando y no queriendo decir que toda la noche se la había pasado en vela pensando en Margarita, y por lo mismo no encontró otra excusa que decirle:

—No... Es que se me olvidó dar de cenar al gato y se ha pasado toda la noche pidiéndome cordilla.

Otras muchachas que venían detrás de la que había preguntado, al oír la respuesta de Romo se echaron a reír alegremente, pensando que aquel infeliz siempre sería el mismo, y siguieron corriendo hacia la

playa, donde ya habían llegado algunas barcas, en cuyo interior se veía claramente la abundancia de la pesca de aquel día.

El viejo patrón, uno de los más antiguos pescadores de la isla y por quien todos sentían un profundo respeto, al ir llegando los pescadores los saludaba cariñosamente diciéndoles:

—Buenos días, muchachos. ¿Qué tal fué la pesca?

—Hemos copado — respondió el patrón de una lancha.

El viejo que había hecho la pregunta siguió mirando en el interior de todas las barcas que llegaban, hasta que finalmente exclamó entusiasmado:

—¡Pero si vienen todas atestadas! ¡Hurra por los pescadores! ¡Os ganasteis la cerveza!

—¡Hurra por el abuelo! — gritaron todos, acompañados por las mozas, que presentían una fiesta en puerta.

Y no se engañaron; puesto que el viejo marino se dirigió a ellos diciéndoles:

—Mucho tiempo hace que en nuestras playas no llegaron nuestras barcas tan repletas. Para celebrarlo, habrá baile, concurso de bebedores, y que todos elijan entre las muchachas a la preferida para presidir la fiesta.

—¡Hurra el abuelo! — gritaron todos entusiasmados.

Y cantando alegremente y escoltando cada uno su pareja se dirigieron hacia la taberna de Romo para celebrar allí el acontecimiento de aquella pesca extraordinaria.

No estaba mucho de allí la taberna de Romo, y pocos minutos después las largas mesas que había se hallaban cubiertas por grandes vasos de cervezas que los marineros vaciaban ávidamente, pareciendo imposible que en un estómago pudiera caber tanto líquido como el que ingerían aquellos hombres.

Romo se desviaba de un lado para otro para servir a todos los que le reclamaban, pero llegó un momento en que nuevamente se apoderó de él la pena de no verse correspondido en su amor, y entonces, olvidándose de los parroquianos, se sentó junto al barril de cerveza, y vasó va y otro viene, no atendía a ninguna de las llamadas de los parroquianos, hasta que una de ellas se exclamó diciéndole:

Más de prisa, Romo... ¡Que co chazudo estás!

La que así le hablaba era también una soltera, pero una soltera de cuarenta años, más gruesa que una vaca de leche, y que soñaba todavía en ser la Dulcinea de alguno de aquellos hombres que la asom-

braban con sus proezas marinas y con su manera de beber cerveza.

Romo levantó la cabeza, y al ver que se trataba de la señora Sabina exclamó:

—Estoy harto, señora Sabina. Yo quisiera ir a buscar a Margarita con esos muchachos que han ido por ella, pero, ya ve usted, mi sino es estar siempre ante un tonel de cerveza... ¡Qué triste es esperar a una mujer!

Sabina al oír hablar de aquella forma a Romo se deshizo en zalamerías. ¿Por qué no podía ser ella la mujer que Romo soñaba? ¿Acaso no era joven y bien parecida? Y sin darse cuenta del ridículo que hacía le preguntó amorosamente:

—¿De veras, Romintín?

Pero ésto al comprender las intenciones de la solterona, dió un salto, indignado por lo que ella hubiera pensado tal vez, y exclamó:

—He dicho una mujer, señora Sabina!

Y Sabina que se dió cuenta de lo que quería decirle con aquella exclamación, que significaba un desprecio para su cuarentona belleza, se alejó con un gesto despectivo, al mismo tiempo que le decía:

—¡Qué entenderás tú de mujeres!

Pero Romo ni siquiera le hizo caso, ni la vió marcharse tan sique-

ra. Todos sus pensamientos estaban concentrados en aquel instante en el momento en que llegara Margarita. Había sido elegida para presidir la fiesta, y los mozos y muchachas habían ido por ella a su casa, y Romo esperaba el arribo de la dulce Margarita como quien espera la salvación del alma. ¡Margarita! Aquel nombre le sonaba como el dulce cantar de ángeles y como una música celestial que él sólo podía oír.

Mientras tanto Margarita, ajena a lo que de ella habían dispuesto, se hallaba tranquila en su casa cuando llegaron en tropel los mozos y mozas, y una de ellas le dijo:

—¡Margarita!... ¡Margarita!... ¡Tienes que venir!

—Te hemos elegido a ti para que presidas el concurso de bebedores —le dijo uno de los pescadores.

—¿A mí?—preguntó sorprendida la muchacha.

—¡Sí, a ti, a ti!—gritaron todos.

Y antes de que la muchacha pudiera reponerse de la sorpresa se vió suspendida en hombros de los muchachos, que dando gritos de ¡hurras! se la llevaron a la taberna de Romo para que allí fuera la presidenta de aquel extraordinario concurso de bebedores.

Su entrada en el establecimiento fué aclamada por los gritos de los

que habían quedado allí, y la pobre muchacha sonreía agradecida a aquellas demostraciones, mientras que los hombres se dedicaban a beber para ver quién de ellos era el que aguantaba más bebida.

Por fin el viejo patrón dió la voz de atención a todos, diciéndoles:

—¡A bailar, muchachos!

Los jóvenes corrieron cada uno a buscar la pareja que era más de su gusto, y la única que quedó sin pareja fué Sabina. Aquello era para ella algo insoportable, y no contentándose con verse postergada, acudió a uno de los hombres que bebían todavía y le dijo:

—¡Vamos a bailar!

El se la quedó mirando, luego comparó su gordura con los años de Sabina y exclamó sonriendo irónicamente:

—¡Vamos, Sabina, formalidad!

Muchos fueron los jóvenes que acudieron a bailar con Margarita. Todos la acosaban para que fuera su pareja, y la joven, riendo y gritando alegremente, exclamó:

—¡Qué espanto! ¿Dónde hay un lobo de mar que me defienda?

Romo dejó el tonel donde estaba bebiendo cerveza y corrió en auxilio de su amada diciéndole entre hipos, producidos por la borrachera que tenía:

—Yo soy un lobo de mar.

Uno de los mozos le quitó de un empujón, diciéndole:

—¿Tú un lobo de mar y te marean en cuanto pisas la arena?

Pero Romo quería hacerse fuerte ante los ojos de Margarita. Creía que él era capaz de defenderla contra todos y volvió a decir enfáticamente:

—Yo soy un lobo de mar!

Todos se echaron a reír, y en vista de que Margarita no daba señales de querer bailar, se fueron en busca de otra pareja, lo que aprovechó Romo para decirle a la joven:

—¡Ya estás sin paternos que te atormenten!

—¡Gracias, Romo! — exclamó la muchacha. — ¿Y tú no bailas?

De buena gana le hubiera él dicho la verdad. Le hubiera dicho que sí, que quería bailar, pero que tenía que ser con ella. Mas no atreviéndose a declararle su amor, se contentó con decirle:

—Yo no me atrevo.

—¿Tan mal lo haces? — le preguntó riendo la muchacha.

—No — exclamó él levantando los ojos al cielo y pensando en ella, como quien piensa en algo celestial —, es que yo sueño con una moza y ella ni siquiera se ha enterado.

—Dime quién es y yo te prometo que bailas con ella — respondió a su vez Margarita sin poder sospe-

char siquiera que la moza por quien suspiraba y soñaba Romo era ella precisamente.

Pero el muchacho no se atrevía a decirle. No podía encontrar palabras con que expresarle que la mujer era ella misma, y le dijo:

—No, no me atreva... No tengo valor... para...

Ella le miró sorprendida. No comprendía cómo podía tener tanta timidez en declarar el amor a la mujer que amaba, y exclamó:

—Pero, ¿qué decía, hombre?

—Pues que no me atrevo.

—¿La conozco yo?

—Sí, pero... no... no la conozco.

—¿Que no la conozco yo?—preguntó más sorprendida todavía.

—Es que no quiero que lo sepa nadie; ¿sabe?... Verás... yo no puedo...

Ella le interrumpió y poniéndose de pie intentó ayudarlo diciéndole:

—Vaya, tendré que adivinarlo, y creo que ya sé quien es... Verás cómo baila contigo.

Romo se dio cuenta de que Margarita iba a proporcionarle una pareja, y temiendo que así lo hiciera le gritó desde donde estaba, para impedirlo.

—Margarita, que te cueles... Que te cueles, Margarita...

Y antes que bailar con nadie que no fuera ella, se dirigió hacia el to-

nel nuevamente, diciéndose a sí mismo:

—O ella o nadie... Me vuelvo al barril... El sí sabe quién es ella.

Y se sentó junto al tonel para seguir bebiendo cerveza, mientras veía que todos los demás mozos se divertían bailando con las muchachas, sin pensar ninguno de ellos en los sufrimientos que estaba pasando el pobre Romo.

Mientras que en la isla todo era alegría y baile, a unas cuantas millas de tierra un buque de escuela marina navegaba tranquilamente. La mar era suave y nada hacía temer a los marinos que iban a bordo.

Al timón del barco iba el cabo Stok, un hombre de unos cuarenta años, cazarro como todos los viejos lobos de mar, y para quien la vida no tenía más que dos encantos: el mar y las mujeres.

Cuando más tranquilo iba quiso hacer un pequeño viraje, pero fue tan rápida su maniobra que las cadenas del mando del timón saltaron ante la fuerza del mar como si fueran simples hebras de hilos. Ante el peligro que esto suponía y al darse cuenta de ello, el cabo Stok comenzó a gritar llamando al oficial de guardia y diciendo:

—¡Mi teniente! ¡Mi teniente!... ¡Aquí al cabo Stok!

A sus gritos acudió rápidamente el teniente, preguntando alarmado:

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esos gritos?

—¿Que qué pasa? ¡Tontería!— exclamó el cabo—. ¡Mire usted el timón, está hecho cisco! Nada, que no hay que darle vueltas, nos ahogamos, mi teniente.

El oficial comprobó la avería que habían sufrido y al fin le respondió más tranquilo:

—Se han roto los guardines... Quédate en tu puesto hasta nueva orden.

Inmediatamente el oficial se dirigió hacia el camarote comedor, donde estaba reunida toda la oficialidad con el joven capitán Alberto.

El capitán Alberto era un joven oficial que apenas contaría treinta años. Pertenecía a la nobleza y su trato era en extremo exquisito. Había recorrido medio mundo en su vida de marino, había tratado infinidad de mujeres, y aun cuando muchas veces jugó al amor, jamás se había sentido interesado por ninguna de aquellas mujeres que se habían cruzado en su vida. Su figura apuesto, la exquisitez de su trato, su posición social y su gran simpatía eran motivos por los cuales muchas mujeres de las que había tratado sintieran por él una pasión

amorosa, a las que nunca correspondió el capitán Alberto.

Su gran cariño al mar le había hecho huir de todas ellas y siempre procuró buscar el motivo o la ocasión para que su corazón no interviniera en la aventura y de esta forma poder seguir corriendo libremente todos los puertos del mundo sin un recuerdo amoroso que le atormentase.

Y una prueba de este amor hacia el mar y hacia la libertad eran las palabras que en aquellos momentos dirigía a la oficialidad y guardias marinos del barco, diciéndoles:

—No me negaréis que la vida de mar es magnífica. Aunque no sea más que por las emociones que nos reserva el peligro, casi siempre inesperado.

Uno de los oficiales intervino en la conversación e interrumpió al capitán, dando su opinión sobre el particular y diciéndole:

—Estoy conforme con ello, mi capitán. Lo único que se echa de menos son las mujeres.

—Estoy de acuerdo—convino el capitán Alberto sonriendo amigablemente—, pero la mayor parte de los que están a bordo lo hacéis ahora por primera vez en un buque escuela. ¿Qué diréis cuando llevéis como yo tanto tiempo navegando?

—¿Pero usted puede prescindir de ellas, mi capitán?—preguntó otro de los oficiales.

El capitán Alberto hizo un gesto de indiferencia y replicó:

—¡Phs!... Me voy acostumbrando. Pero, en fin, dejemos esto.

Se dirigió a otro de los oficiales y le preguntó:

—¿Hay alguna novedad a bordo?

—Ninguna, mi capitán—respondió el oficial—. Unicamente que estamos a la vista de tierra.

—Sí—comentó el capitán—. Ya se debe divisar la farola de Volendam. Hay que advertir que tengan cuidado con las rompientes hasta que tengamos la farola por el través.

—Ya di las órdenes oportunas, mi capitán.

Mas apenas había terminado de decir estas palabras cuando se presentó el oficial de guardia diciendo:

—¡Mi capitán, están rotos los guardines del timón y nos hallamos en plena rompiente!

El capitán se levantó indignado y preguntó:

—Pero con tan poca mar, ¿cómo se explica esto?

—Ignoro la causa, mi capitán—respondió el oficial—. El barco está a punto de quedar sin gobierno.

—¿Quién está al timón?—preguntó el capitán.

—El cabo Stok.

—Pues vamos para allá—terminó ordenando el capitán.

Y mientras subían las escalerillas que llevaban a cubierta el capitán siguió preguntando:

—¿Qué viento tenemos?

—Favorable para ir sobre la playa—respondió el oficial de guardia.

—Pues todos atentos y a vuestros puestos.

Cada oficial corrió para el puesto que tenía asignado, según su categoría, y el capitán volvió a advertirles:

—Como estamos cerca de Volendam y el tiempo es favorable, intentaremos ir proa hacia tierra y reparar la avería.

—Como usted mande, mi capitán—terminó diciendo el oficial de guardia.

Se dieron las órdenes oportunas a la marinería y el barco viró suavemente hacia la playa de la isla. Mas de pronto una fuerte corriente le hizo dar un valvén rápido, el cual cogió desprevenido al capitán y lo arrojó violentamente contra la borda del barco. Recibió el golpe en la cabeza y quedó tendido sin sentido. Los marineros corrieron a prestarle auxilio, precisamente en el momento mismo en que el barco tocaba tierra y se hallaba fuera de todo peligro.

UNA ENFERMERA ADORABLE

EL vigia del puerto de la isla de Volendam al darse cuenta de la arribada forzosa de la fragata y ver que venía completamente a la deriva, dió la señal de alarma. Tocarón las campanas llamando a los pescadores para que prestasen auxilio a los náufragos, y todos los que se hallaban de fiesta en la taberna, con esa solicitud tan propia en la gente de mar que corre siempre en ayuda de los que se encuentran en peligro, dejaron a sus parejas y corrieron hacia la playa. Nadie sabía lo que pasaba, pero la insistencia de la campana era señal segura de que algún barco estaba en peligro, y era lo suficiente para que expusiesen sus propias vidas, si era necesario, para salvar las de sus hermanos de profesión.

Las muchachas al ver que los hombres corrían hacia la playa, los siguieron también, y minutos después las lanchas se acercaban al barco para recoger a la tripulación. Afortunadamente nada había ocurrido. El barco había encallado suavemente y lo único que había que lamentar era el desmayo del capitán, que presentaba además una pequeña herida en la frente.

Todos los habitantes de la isla rivalizaron en cuidados para con los náufragos, y cada uno de ellos fué recogido por una de las familias de Volendam.

Sabina quiso a toda costa llevarse al cabo, Stok. Este había tenido la debilidad de dedicarle cuatro frases galantes, y esto había sido su perdición. Sabina ya no le dejó un

momento a solas, hasta que por fin consiguió llevárselo a su casa para atenderlo mejor que nadie.

A Margarita le tocó ser la enfermera del capitán. ¡Con cuánta solicitud curó al herido! Desde el primer momento, en cuanto lo vió, sintió por el capitán una simpatía grande, una especie de conmiseración, que no tardó en cambiarse en un profundo sentimiento íntimo, que ella misma no supo definir. Lo único que sabía era que en presencia de aquel hombre su corazón latía violentamente y no hallaba palabras con que expresar sus ideas.

Mas el capitán, inconsciente a todo cuanto se desarrollaba a su alrededor, seguía con el conocimiento perdido, hasta que al final de más de dos horas abrió levemente los ojos, y lo primero que vió fué el rostro angelical de Margarita, que le secaba suavemente las sienes con un fino pañuelo.

El capitán levantó los ojos hacia ella y murmuró levemente:

—Gracias.

La joven puso un dedo sobre sus labios, ordenándole cariñosamente:

—Silencio. No debe usted hablar.

Como no seguía aquel consejo cuando estaba dado por unos labios tan preciosos y por una cara que parecía la visión de un cielo diáfano.

El capitán guardó el silencio que le ordenaba la joven, pero con los ojos fijos en ella quedó extasiado contemplando una belleza como jamás la había visto.

Margarita, ajena a cuanto pensaba de ella el capitán, seguía solícitamente secándole el sudor, hasta que el capitán le dijo de nuevo:

—No se moleste; esto no debe ser nada.

Mas una nueva orden de silencio de ella lo enmudeció de nuevo y quedó absorto contemplando aquel rostro que debió escaparse de la corola de alguna rosa.

Durante los días siguientes Margarita y el capitán fueron grandes amigos, y no se diga de Sabina y del cabo Stok. Este había advertido que la solterona tenía una buena despesa y poseía unos cuantos ahorros, y como buen tuno estaba dispuesto a apoderarse de las dos cosas: aun cuando tuviera que aguantar por unos días todas las zalamerías de aquella mujer, que en muchas ocasiones era más melosa que un flan.

El pobre Stok tenía que aguantar todo el interrogatorio amoroso de la solterona, que le preguntaba:

—Dime, amor mío, ¿cuando me escuchas no te arrobas?

El la miró como quien mira a una

ballana que está a punto de tragárselo y respondió:

—Me cuartoquiteo, nada más.

—¡Oh! — exclamó ella riéndole la gracia del chiste—. ¡Cuán donoso eres!

Stok la miró extrañado de que le diera aquel nuevo nombre y exclamó amoscado:

—Ni Juan Donoso ni Agapito Valdelatas; escucha, efusiva. ¿Qué os ocurre a las mujeres de Volendam, que estáis...? Bueno, hay que ver cómo estáis!... ¿Es que los hombres de aquí son limitados o qué es lo que pasa?

—Lo que ocurre—le explicó Sabina—es que no saben llegar a nuestro corazón porque son toscos, y a las mujeres se las conquista con frases de amor como las tuyas. ¡Pirata!... Yo ya estaba resignada a matrimoniar con estos plebeyos, pero llegaste tú... ¡corsario mío!, y...

—Oye—la interrumpió vivamente el cabo Stok—: pues por mí no lo dejes, chata... ¡A con ellos!

—No—exclamó Sabina—. Ahora soy tuya... Solamente tuya... Lo demás lo olvidé.

—¿Hasta los kilos que pesas?

—Y me tienes que querer porque soy otra desde que te vi—siguió diciéndole.

—Es que si fueses otra... puede que sí.

—Y lo soy—insistió Sabina.

Stok comprendió que mientras que estuviera en la isla no había poder humano que lo librara de ella y procuró únicamente estar lo menos posible a su lado.

Fueron pasando los días. La amistad del capitán y de Margarita fué haciéndose cada vez mayor, hasta el punto de que el capitán Alberto llegó a sentirse preocupado por aquella chiquilla angelical que se le adentraba en el corazón como ninguna otra mujer de las muchas que había conocido.

Para Margarita el capitán era un ser extraordinario. Era un hombre único que había sabido robarle todos sus pensamientos. Su alma ingenua y su exquisita sensibilidad comprendían cuánto diferencia había entre aquel hombre y los que hasta entonces la habían cortejado. Ciertamente el capitán jamás había proferido una sola palabra que no fuera de respeto y admiración hacia la joven, pero esta misma actitud, tan diferente de la de los hombres de Volendam, había hecho que el corazón de la joven fuese insensiblemente amando al capitán, tal vez hasta sin que ella se diera cuenta.

Y esto mismo sucedía a las demás mujeres de la isla. Todas aquellas jóvenes que días antes habían

estado suspirando por el amor de alguno de los pescadores, desde la llegada del buque habían comenzado por no hacerles caso, y era la oficialidad y los guardias marinos quienes tenían todas las preferencias. Esto dió lugar a que los hombres de allí llegaran a sentirse verdaderamente alarmados con la actitud de ellas. Siempre las habían tenido tan seguras que al ver ahora que no les hacían caso, excitaron más aun su amor propio y estaban deseando que todos aquellos hombres se fueran para hacerles pagar caro sus desvíos.

El capitán Alberto, mientras se reparaba la avería de su barco, paraba casi siempre en casa de Margarita. Era algo que él mismo no se explicaba la atracción que tenía para él la presencia de la joven.

Una tarde en la que no había querido ir en busca de Margarita, se sentó junto a la playa para distraerse dibujando el bello paisaje que ante él tenía, cuando al cabo de algunos minutos vió acercársele a la joven. Agradablemente sorprendido por su presencia dejó su trabajo y miró a la joven que le dijo sonriendo y señalando para el dibujo:

—¡Qué bonito!

—¿Te gusta?—le preguntó amablemente el capitán.

—Mucho.

—La tenía tan cerca de él, aspiraba el perfume de su persona tan cerca de su rostro, que temiendo alguna indiscreción intentó cambiar el curso de sus pensamientos y la dijo:

—Tu país es hermoso.

—Es una aldea sin importancia—respondió humildemente ella.

—Sin embargo, puedes creerme, llevo cuatro años recorriendo mares y admirando costumbres y...

Ella no le dejó terminar y le preguntó ansiosamente:

—¿Y viendo mujeres?

—Sí—respondió con sinceridad el capitán— También vi muchas mujeres, pero jamás olvidaré a mi cariñosa enfermera.

Margarita sonrió tristemente, como pensando que aquellas palabras tan solamente eran una galantería, y le preguntó, no obstante, con verdadero interés:

—¿Jamás?

—Nunca—afirmó con certeza y energía el capitán— Cuando pienso en que he de partir...

Margarita suspiró. Su pensamiento vagaba en aquel entonces por países de dulce quimera, y dejándose llevar por aquellos pensamientos exclamó inconscientemente:

—Quien pudiera acompañaros para conocer otra vida... Pero no puede ser.

El capitán Alberto, ante aquella sincera tristeza, ante aquella mirada que era una verdadera súplica amorosa, estuvo a punto de sucumbir al encanto del momento, pero su caballerosidad, su agradecimiento a la que tan ingenuamente le decía su amor, le contuvo y respondió cariñosamente:

—¡Pobre pequeña! No es así cómo me gustaría oírte hablar.

—Os extraña que una aldeana os hable así... ¿verdad? — preguntó ella ingenuamente.

El capitán le cogió las manos y estrechándoselas fuertemente no pudo menos que decirle:

—Tú no eres como las otras.

—Soy como todas... Igual que todas—suspiró convencida Margarita.

Hasta ellos llegó el barullo de varias voces que hablaban a la vez, como si estuvieran discutiendo, y Margarita, que sabía lo que pasaba, le advirtió al capitán:

—¿Oís a las muchachas?

—Sí, ¿por qué discuten?

—Porque todas quieren veros, y ellos también.

—¿Para qué? — repuso el capitán.

—Quieren hablaros de vuestros hombres, de sus galanterías para con ellas. Vámonos.

Y sin que el capitán pudiera ope-

nerse a aquel dulce mandato se alejaron de allí antes que fueran descubiertos por los que le buscaban.

La verdad era que lo casa iba poniéndose cada vez más serio. El desvío de las muchachas era ya tal que ni una sola hacía caso a su respectivo novio. Los oficiales del barco se habían apoderado de todas ellas, y los muchachos veían que se las quitaban en las propias narices sin poder hacer nada en contra.

Y era tal y como decía Margarita. Los hombres de la isla estaban furiosos con la actitud de las jóvenes, que desde que habían llegado los marinos apenas se les hacían caso.

Precisamente al día siguiente de esta escena, en el mercado de la isla sucedía algo que le daba la razón a Margarita.

Los oficiales libres de servicio habían saltado a tierra y se dedicaban a piropear a las muchachas con gran desesperación por parte de los jóvenes de allí y con gran satisfacción por parte de ellas.

Una de las muchachas, una tal Rosa, que era novia de un muchacho llamado Martín, hablaba entusiasmada con un marino, hasta que su novio le dijo indignado:

—¡Muy bonito!... ¡Muy bonito! Ella le miró sonriéndole y com-

prendiendo a lo que él quería referirse le respondió:

—Sí... no está mal.

—¡Ah!... Entonces yo para llevarte la cesta, ¿verdad? Pues tómala y ahí te quedas, Rosa.

La muchacha, al ver que su novio lo tomaba tan de veras, quiso detenerlo y le gritó varias veces:

—¡Martín!... ¡Martín!...

Pero Martín no hizo caso a las llamadas de su novia, y el oficial que la galanteaba le dijo sonriendo:

—Mal genio tiene tu novio.

—Es muy celoso.

—Tú tienes la culpa.

La muchacha le miró sorprendida, y el oficial terminó explicándole:

—Tú tienes la culpa por ser tan bonita. ¿Cómo no ha de ser celoso?

—Pero la culpa la tuvo usted de su enfado.

—Lo sé—confesó el oficial—; por eso mismo debo acompañarte. ¿Me lo permites?

La chica, que no deseaba otra cosa, se encogió de hombros, como dándole a entender que lo mismo le importaba que se enfadara su novio que no, y respondió:

—Bueno.

Cerca de ellos, en una tienda en la que se hallaba una linda vendedora, otro marino le decía a la propietaria:

—Por una miradita de esos ojos, regalamos lo que hay en la tienda.

—¿De verdad? —preguntó la aldeana—. ¿Y si se enfadan nuestros novios?

—Pues aunque se enfaden... a ellos no les regalar nada—terminó diciéndole, en son de broma el marino.

Y como no podía menos que pasar, también en aquella mañana el cabo Stok se encontró con su ebañillador. Sabina había comprado varios quesos y ya se disponía ir a su casa, cuando vio a su adorado tormento y corrió hacia él gritándole:

—¡Stok!... ¡Stok!...

El la oyó, pero fingió no darse cuenta de que lo llamaban, hasta que ella estuvo a su lado y le preguntó amorosamente:

—¿Me buscabas?... Ayer no te he visto y no puedo pasar un día sin verte. Bien lo sabes. ¿Por qué me haces sufrir con tu ausencia?

Stok se la quedó mirando y al fin haciendo un esfuerzo para no agotar por completo su paciencia, le respondió:

—Mira, hermosura, ya te he dicho que mientras no adelgaces, no quiero nada contigo.

Sabina lo miró sorprendida. Nunca creyó que lo pudiera decir aquello y su extrañeza se la tradujo preguntándole:

—Pero no me habías dicho que te gustaban las mujeres metiditas en carne?

—¡Sí, rica, pero lo tuyo es un abuso!

Sabina se cogió del brazo de su adorado y mirándolo con ojos de caramelo le preguntó zalamera.

—Pues tú, que todo lo sabes, dime qué he de hacer para adelgazar.

Stok le quitó uno de los quesos que llevaba y le respondió:

—Por de pronto el queso, ni probarlo, y sobre todo mucha gimnasia, muchos saltos mortales.

—Lo que me mandes, pichoncito mío—le respondió ella—. Pero ¿qué hago yo con todos estos quesos?

Stok, que no sabía qué responderle, terminó diciéndole:

—Por mí puedes cambiarlos por una bicicleta.

Y mientras que en el mercado seguían estas pequeñas peleas amorosas, el capitán Alberto y Margarita hablaban tranquilamente, el mismo tiempo que el capitán le hacía un dibujo a lápiz. Cuando lo hubo terminado, se lo enseñó a la muchacha; que exclamó:

—¿Ya está?

—Sí—le respondió el capitán—; pero muy mal. Eres demasiado bonita para que mi mano acierte.

—¡Pero si está muy bien!—exclamó ella, cada vez más admirada

de la presteza con que había hecho su retrato—. Sois un gran dibujante.

—¿Te gusta?—preguntó el capitán.

—Mucho—volvió a decir ella—. Si me lo regaláis, lo guardaré como un recuerdo vuestro.

El capitán, que la había estado contemplando mientras hacía el retrato y luego mientras ella lo miraba, entusiasmado por la belleza de la joven se acercó a ella y le preguntó emocionado:

—¿Como un recuerdo mío, Margarita?

Inconscientemente la había cogido por los brazos y las miradas de ambos se decían en aquellos instantes lo que sus corazones sentían y sus labios no se atrevían a expresar. Margarita se encontró indefensa entre los brazos de él y levantó sus hermosos ojos en los que podía leerse toda la ingenuidad de su alma, le pidió protección contra él mismo diciéndole:

—Os ruego no intentéis conmigo lo que los hombres que mandáis pretenden de mis amigas.

El la dejó suavemente y le preguntó:

—¿Qué quieres decir, Margarita?

—Que os queréis reír de estas humildes aldeanas.

El capitán Alberto no quería ni podía dejar creer a aquella niña que

él pretendía engañarla con frases de fingido amor y empezó diciéndole:

—Me entristece tu acusación. Yo te doy mi palabra de honor de que...

Más antes de que él pudiera terminar de expresar su pensamiento, ella le interrumpió diciéndole:

—Y yo os suplico que cambiamos de conversación.

—Como tú quieras, Margarita— acabó diciendo él.

En la plaza, la actitud de los marinos había colmado ya la paciencia de todos los jóvenes que, reunidos, comentaban cuanto pasaba para ver la manera de poder impedir que aquellas mujeres siguieran despreciándolos y uno de ellos creyó encontrar el medio diciendo a sus amigos:

—Las muchachas se burlan de nosotros y es preciso escarmentarlas.

—Lo que pasa no se puede tolerar— exclamó otro de ellos.

—Yo os propongo no hablarlas— dijo el que primeramente había hablado.

—Eso debemos hacer — insistió Romo—. Yo os prometo que aunque se pudra por dentro no he de mirar a Margarita.

—¿De acuerdo? — preguntó uno de ellos.

Todos se estrecharon las manos en señal de promesa, y de aquella forma quedó convenido el que ninguno de ellos le dirigiría la palabra a ninguna joven, por nada del mundo.

OTRO ACUERDO DE ELLAS

PASARON varios días y los mo-
chos cumplían al pie de la le-
tra lo que habíanse prometi-
do. Las muchachas pasaban
por su lado y ninguno les dirigía la
palabra. Era inútil que las jóvenes
les preguntaran para hacerlos ha-
blar. En cuanto una de ellas se acer-
caba a un hombre le volvía la espal-
da y sin mirarla siquiera se mar-
chaba de su lado con gran desespera-
ción de las pobres aldeanas.

Aquella continua actitud empezó
a alarmar de tal forma a las mucha-
chas, que creyeron oportuno tomar
alguna resolución para castigar a los
que tan groseramente se portaban
con ellas. Pero esto era lo difícil.
¿Qué podían hacer ellas ante la in-
diferencia de los hombres?

Se reunían, hablaban unas con

otras pidiendo pareceres, pero nada
sacaban en claro. Cuanto más ha-
cían, más fuerte era el cumplimen-
to del compromiso que ellos se ha-
bían impuesto.

Una tarde se hallaban varias jó-
venes en casa de Margarita y co-
mentaban lo que les ocurría dicién-
do:

—Nosotras no sabemos qué ha-
cer. Mi novio no quiere ni verme.

—Y lo mismo me pasa a mí—
respondió otra.

—Pues el mío hace dos días que
no le veo—exclamó una tercera.

—¿Qué debemos hacer, Marga-
rita?

—Tengo un plan—expresó Mar-
garita.

—¿Cuál es?

—Muy sencillo—siguió diciendo—

les Margarita—. En cuanto demos celos a los mozos con los marinos, nos buscarán en seguida.

—¿Crees que lo harán?—preguntó una de ellas, dudando de la eficacia de aquel plan.

—No te quepa duda. Los hombres son muy vanidosos y basta que se crean despreciados para que tengan más interés. En cuanto ellos vean que no les hacemos caso y que coqueteamos con los marinos, vendrán en busca nuestra. Lo primero que hay que hacer es fingirles indiferencia y no hablarles siquiera.

Una de sus amigas, admirada de las palabras de Margarita, no pudo menos que preguntarle:

—Oye, ¿dónde has aprendido tú estas cosas?

Y Margarita, muy ufana de poder decir quién era su maestro en lides amorosas, exclamó:

—El capitán me ha enseñado en lances de amor y de enredos... ¡Qué bien sabe hablar! Y también me ha dicho que si hacemos lo que os he explicado, nos casaremos muy pronto...

—¿Sí?... ¡Qué alegría!—exclamó una de ellas, palmeando alegremente.

Pero aquella alegría no la podía compartir Margarita, porque sabía que el hombre a quien ella amaba nunca sería para ella. Por esta ra-

zón, procurando ocultar su tristeza con una sonrisa de gran melancolía, le respondió:

—Sí... una alegría muy grande... ¿Por qué no vais a contar este plan a las demás?

—Sí que iremos—exclamó otra de sus amigas—. ¿Queréis acompañarme?

—Sí, vamos—exclamaron todas.

Y como una bandada de palomas salieron alegremente de la casa de Margarita, sin que ninguna de ellas se diera cuenta de la pena que afligía a la pobre niña al comprender ella misma lo imposible de su amor.

A la mañana siguiente, al entrar el capitán en la taberna de Romo, vió que se le acercaba éste con un vaso de cerveza y lo saludó diciéndole:

—¡Buenos días, Romo!... ¿Me traes cerveza?...

—Os vi llegar y ya os la traía.

El capitán se sentó ante una mesa en la que Romo depositó el vaso de cerveza y al ver que el muchacho no se apartaba de allí, le preguntó:

—Bien, mi fiel enfermero, ¿qué me cuentas?

—Nada bueno, mi capitán. Vuestro enfermero es ahora el enfermo.

—¿Qué mal te aqueja?

—El mismo que a todos los demás alópatas.

—No te comprendo—exclamó el capitán.

—Es que... No sé si os lo debo decir—titubeó Romo.

El capitán quiso darle ánimos y le dijo:

—¿Por qué no? ¿No soy tu amigo?...

—Eso sí, mi capitán—respondió convencido el muchacho—. Yo y todos sabemos que sois muy generoso y muy bueno... pero vuestra oficialidad... y los marineros han trastornado a las muchachas de tal manera...

El capitán Alberto, al saber de qué se trataba, se echó a reír alegremente y Romo interrumpió su risa diciéndole:

—No es cosa de risa, mi capitán.

—Pero ven acá, muchacho—le dijo amistosamente el capitán—. ¿Tú crees que han sido mis subordinados?

—Claro que sí—respondió convencido Romo.

—¿Y por qué no pueden ser ellas las que han trastornado a la tripulación?

Romo se rascó la cabeza sin saber qué responder a aquella pregunta del capitán. Verdaderamente que las muchachas tenían bastante culpa en lo que pasaba porque si no les hubieran dado oídas a sus pala-

bras ellos tampoco se habrían atrevido a cortejarlas de aquella forma tan descarada. Mas como buen aldeano, pronto encontró una respuesta que si bien no dejaba por completo contestada la pregunta del capitán, por lo menos salía algo airoso de aquella situación, y le dijo:

—Quién sabe... Pero aquí, yo creo, que las muchachas no saben de estas cosas.

—¿Y si os engañaseis?

—Tal vez tenga usted razón, pero si nos engañáramos, como todos somos de aquí, todo queda en casa.

El capitán, ante la ingenua respuesta de Romo, no pudo menos que echarse a reír y terminó diciéndole:

—Toma, lee lo que dice esta carta y por ella verás lo que pienso hacer antes de que nos marchemos.

Romo leyó la carta y por ella supo las intenciones del capitán. Erán éstas las de celebrar una fiesta y que en ella tomaran parte las parejas que quisieran casarse, entregándoles un premio de unos cuantos miles de florines a los elegidos.

Cuando terminó la lectura, el muchacho, sin poder contener su alegría, se la devolvió al capitán, diciéndole emocionado:

—¿Pero esto es verdad?... ¡Qué alegría!... ¿Y yo también podré casarme?

—Si tienes novia, ¿por qué no?—
le respondió el capitán Alberto.

—Claro que tengo novia... Usted
la conoce.

—¿Que yo la conozco?... ¿Quién
es?

Romo tuvo cierto reparo en decir-
le quién era la mujer dueña de to-
dos sus pensamientos. Mas no ha-
bía dicho el capitán que eran ami-
gos? Pues si lo eran no debía tener
secretos para él y por lo mismo se
confió a él diciéndole:

—Mi novia es Margarita.

El capitán se levantó rápidamen-
te como impulsado por una fuerza
misteriosa. El nombre de aquella
chiquilla, que sin quererle le había
ganado su corazón, produjo en su
ánimo un esfuerzo mayor que el de
su voluntad. Mas no obstante, co-
mo hombre de mundo y acostum-
brado a saber ocultar sus sentimien-
tos, trató de calmarse y le preguntó:

—¿Margarita?

Romo creyó que la actitud del
capitán era producida por la sor-
presa de que un hombre como él
pudiera ser novio de aquella ange-
lical criatura y siguió diciéndole tí-
midamente:

—¿Os sorprende, verdad?... Yo,
soy tan poca cosa...

—No, Romo—respondió comple-
tamente dominado—. Es que ella no
me había dicho nada.

—Claro que no os lo había di-
cho. No os lo podía decir.

—¿Y por qué no? ¿Desconfiáis
de mí?

—No, capitán... Es que ella...
tampoco lo sabe.

El capitán Alberto sintió como si
le quitaran un peso de encima. Pe-
ro él mismo no podía explicarse, el
porqué de aquella alegría que le pro-
ducía el saber que todo era produc-
to de la mente y del cariño de Ro-
mo. ¿Qué es lo que tenía, aquella
chiquilla que tan adentro de su al-
ma se había situado? ¿Era cariño?...
¿Era amor? ¿Era reconocimiento a
su amistad y a los cuidados que con
él siempre tuvo? Sintió miedo de
querer definir aquel sentimiento y
tratando de dominarse y dar el
ejemplo le respondió:

—Pues corre a decirse lo. Me gur-
taría que fuérais juntos a la fiesta
y que vuestros nombres unidos sean
premiados ese día.

Romo estrechó conmovido la ma-
no del capitán y exclamó, a la vez
que hacía ademán de salir en busca
de Margarita:

—Gracias, capitán... Corro a de-
cirselo.

No tuvo que andar mucho, pues-
to que se encontró en seguida con la
joven, que al verlo tan emocionado
le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Romo?

—Que he hablado con el capitán y me ha dicho que te busque y te diga...

—¿Que me digas, qué?—preguntó ella anhelante.

—Pues que el capitán celebra el domingo una fiesta preciosísima y quiere que vayan todos los aldeanos con sus novias... como yo no tengo novia... entonces...

—¿Entonces, qué?... Termina, hombre—exclamó nerviosamente la joven.

—Que si querrás ir conmigo a bailar.

Toda su ansiedad decreció al saber de qué se trataba. Pero para no quitar la ilusión al pobre Romo le respondió:

—Con mucho gusto, Romo.

—¿Sí?... ¡Qué alegría!... ¡Estoy muy contento!... porque ¿sabes?... el capitán ha dicho que va a dotar con muchos miles de florines a las parejas que se casen y que le gustaría mucho que tú y yo...

Margarita le miró sorprendida. Era entonces cuando se daba cuenta de lo que quería decir aquella emoción de Romo y sin atreverse a expresar toda la indignación que le causaba el deseo del capitán, que parecía burlarse de aquella manera de la pasión que él inconscientemente había hecho nacer en ella, se limitó a decirle:

—¿Que el capitán... te ha dicho?... No digas tonterías, Romo. ¿Qué te ha de decir el capitán?

Y para cerciorarse de que Romo no había dicho, no podía decir verdad, fue en busca del capitán, mientras que Romo seguía diciéndole:

—¿No te lo crees? Pues es verdad, Margarita.

Pero afortunadamente, el capitán ya se había marchado y la joven tuvo que esperar a mejor ocasión para desahogarse del dolor que le causaba aquella proposición que Romo decía que le había hecho el capitán.

UNA JUCARRETA DE SABINA

EL capitán Alberto, después de lo que le había dicho Romo, había quedado con tan mal humor, que se volvió de nuevo al barco. Temía encontrarse con Margarita y no saber disimular la pasión que la joven había encendido en su corazón. Comprendía que aquello era una locura y que lo mejor sería ponerse lejos de ella. No se creía en aquel instante con fuerza capaz de estar frente a ella y por eso dejó la taberna, librándose así de la presencia de la muchacha.

Al llegar al barco pudo comprobar que lo que le había dicho Romo respecto a su oficialidad era verdad. Habían trastornado de tal modo a las pobres aldeanas, que éstas le habían escrito cartas a sus respectivos enamorados y que ellos iban leyen-

do en alta voz, no sin antes haber exclamado todos, cantando:

TOCOS

*Las misivas de diario
no se cansan de escribir,
si ellas no recogen velas
no sé lo que va a ocurrir.*

STOK

*Una carta de mí fiera,
qué demonios me dirá.
Como insista en su manía
yo hago una barbaridad.*

OFICIAL

*Dueño mío, Te quiero ver.
Ja, ja, ja.*

OTRO

*Me has dejado en un sopor de
[languidez.
Ja, ja, ja.*

OTRO

*Yo te ruego vengas luego,
para verte yo otra vez.*

OTRO

En mi pecho has encendido una
[pasión.

Ja, ja, ja.

STOK

Si no vienes voy a dar un reven-
[tón.

Ja, ja, ja.

OFICIAL

Mi tesoro, yo te adoro, tuyo siem-
[pre.

Ja, ja, ja.

OTRO

Rosa.

OTRO

Ketty.

OTRO

Lola.

OTRO

Mari.

STOK

Sabi.

TODOS

De mi corazón.

*La mujer es peligrosa para amar
cuando siente la volcánica pasión
su deseo es agrandar
y después matrimoniar,
y nosotros no coeremos en la ten-*
[tación.

Falta el final que siempre es fatal.

Mientras que ellos cantaban alegremente, Sabina, la muy pícaro, recurría a un medio seguro para no perder a su adorado tormento. Se había enterado de que el buque zarparía pronto y estaba dispuesta a conseguir su amor a costa de todo. Por lo mismo, fué a bordo y expuso su deseo de hablar con el capitán. No le costó poco esfuerzo conseguirlo, pero como cuando una mujer se propone una cosa es difícil que no la consiga, Sabina consiguió entrar al camarino donde estaba el capitán Alberto, quien le preguntó al verla:

—¿Qué es lo que me tienes que decir?

—Una noticia terrible para la marinería y para la gente de la aldea —replicó Sabina—. Todos nos han hecho el amor y...

El capitán la interrumpió malhumorado y exclamó:

—Ya me han dicho algo y me disgusta la falta de respeto que han cometido mis subordinados ante los que tan generosa hospitalidad nos disteis.

Sabina miró extrañada al capitán y se apresuró a decirle:

—Eso no, capitán. Todo lo contrario.

Y ante el gesto de extrañeza del capitán continuó diciéndole:

—Lo que han conseguido vues-

tros subordinados es tremendísimo. Antes, los aldeanos no reparaban en nuestra belleza, ninguno se acercaba a nosotras, ¡pobres niñas que ansiábamos ser amadas!, pero ahora están locos por nosotras y no nos dejan vivir.

El capitán, a pesar del mal humor que tenía en aquellos momentos, producido por lo que hacía poco le había dicho Romo, sonrió a las palabras de Sabina y le preguntó:

—¿Y esta es la terrible noticia?

—Claro que sí—insistió ella—. Vengo a pedirles protección para el día de la fiesta. Me asediarán todos, porque todos querrán casarse conmigo.

El capitán Alberto estuvo a punto de soltar la carcajada. ¿Era posible que aquella mujer se creyese capaz de suscitar tal pasión? Mas no obstante se guardó de demostrarle su pensamiento y le preguntó:

—¿Pero entra usted en el sorteo?

Ella bajó los ojos ruborizada, como una inocente colegiala a quien le han descubierto el novio y suspiró:

—Yo no. Yo ya entregué mi corazón.

—Entonces ¿qué es lo que puedo hacer?—preguntó el capitán, que no podía sospechar la petición de Sabina.

—Pues hacer que el cabo Stok cumpla su palabra.

—¿Su palabra? ¿Qué palabra le ha dado?

—La de casarse conmigo—terminó diciendo la ajamónada solterona.

—¿Le ha dado palabra formal?—preguntó de nuevo el capitán, dudando de que el cabo Stok pudiera haberse comprometido con aquellos ciento cincuenta kilos de carne.

—Sí, capitán—afirmó ella.

El capitán, ante la firmeza de la afirmación de Sabina, dió orden de que un marinero fuera en busca del cabo Stok, que hacía días no bajaba a tierra y quien en aquel instante se hallaba reunido con varios oficiales, a quienes decía:

—Mi segundo, desearía que me pusierais un servicio de vigilancia, o que me arrestaseis, pero un arresto que me durase hasta que arribásemos a otro puerto.

El oficial lo miró extrañado de aquella petición y le preguntó:

—Pero ¿estás borracho? O es que te ha dado calabazas la dama.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Entonces... Cuéntanos.

—Es que...—comenzó a decir el cabo Stok, sin atreverse a decirles que el motivo por el cual quería estar arrestado era precisamente para

M O L I N O S D E V I E N T O



Buscaba en la cerveza olvido para sus penas de amor.



El golpe le dejó sin sentido.



—El príncipe recobró la salud.



Aquel rostro angelical
embriagaba su alma de un
puro sentimiento.



—Ayúdame, amor mío.

La imagen del amado
persistía en su pensa-
miento.



Sus miradas se buscaban ansiosas.



—He sonado contigo,



—Esto es lo que yo quena decíre.



—Ahí se cantaba yo.



Dormía como una mar-
mota.



—¿Quieres ser mi pareja
de baile?





Los marinos leían las
cartas que les enviaban sus
enamoradas.

Más fuerte que ellos fue
su amor.



El pueblo espera de fiesta.



El típico baile para conseguir el premio del príncipe.

no ver a Sabina y para que le dejase en paz.

El oficial al ver que no se atrevía a hablar le animó diciéndole:

—Dinos lo que te ocurre, como si no fuéramos tus superiores.

—¿De veras?—preguntó el cabo.

—Sí, hombre.

El cabo Stok puso una mano encima del hombro del oficial, ya que éste le había dicho que le considerase como un compañero; mas el oficial, al ver aquella libertad, le gritó:

—¿Qué haces, bárbaro? ¡Cuádrate en seguida!

—Perdone, mi segundo, pero como me había dicho que éramos compañeros...

—Bueno, sigue hablando, pero sin accionar—le ordenó el oficial.

—Pues se trata de Sabina, de la dueña de la posada.

—¿No te corresponde?

—¿Qué más quisiera yo! Es todo lo contrario... No me la puedo quitar de encima.

—¿Tan pesada es?

—Figúrese: ciento cincuenta kilos y me quedo corto.

Los oficiales se echaron a reír ante el gesto de pena de Stok, y uno de ellos le preguntó:

—¿Será un fenómeno?

—Un fenómeno y una catástrofe, mi oficial.

—Pero algún encanto tendrá esa mujer. Una mujer siempre es una mujer.

—Sí, mi oficial; y un besugo siempre es un besugo.

El oficial le dio una cariñosa palmada en la espalda y le dijo sonriendo:

—Vamos, que no se diga que el cabo Stok retrocede ante el peligro.

—Mi segundo—insistió desesperado Stok— Esto es más que un peligro. Esto es el cólera.

En aquel momento se presentó el ordenanza que había enviado el capitán y se dirigió al cabo Stok diciéndole:

—El capitán le llama.

Stok se dirigió al camarote del capitán y apenas entró en él vió a Sabina y sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—A la orden, mi capitán—exclamó cuadrándose militarmente.

El capitán lo miró unos segundos fijamente y al fin le dijo:

—Cabo Stok, cuando un marino da su palabra tiene que cumplirla.

—Mi capitán, yo...

El capitán no le dejó terminar y lo interrumpió enérgicamente diciéndole:

—¡Basta! Ha dado usted su palabra a esta joven... y se casará.

Stok se quedó mirando extrañado al capitán. El no se acordaba de ha-

ber dado ninguna palabra de casamiento, y menos aun a Sabina, por lo que aun se atrevió a replicar diciéndole:

—¿Mi palabra?... Bueno... ¿No podría cambiarla por un juicio sumarisimo?

—No, ha de cumplir usted lo prometido.

Sabina se acercó al capitán, y derritiéndose verdaderamente exclamó:

—Capitán, me hacéis inmensamente dichosa.

Stok verdaderamente confundido, sin saber qué decir ante la actitud enérgica de su superior, exclamó tartamudeando:

—Mi catapón... Mi catapón... Mi capitán...

—¡Basta!—exclamó su jefe.—Acompañe a su prometida y vuelva a recibir órdenes.

Sabina se cogió del brazo del cabo Stok, y salió ufánamente, no sin antes decirle al capitán:

—Gracias, gracias, capitán. Es usted el más bueno de todos los hombres.

Y ya fuera el cabo Stok se encarió con ella diciéndole:

—¡Qué faenita me has hecho guayabo!

Era lo único que le faltaba al capitán aquel día para llenar el colmo de su paciencia. Lo que le había di-

cho Romo de los oficiales y marinero, el amor que le había declarado que sentía por Margarita y últimamente lo de Stok. Aquello era ya intolerable y había que poner remedio. Era preciso que aquellas gentes tan sencillas y que tan cariñosamente se habían portado con ellos, no tuviesen un mal recuerdo de su paso por la isla. Era verdad lo que le había dicho Romo. Habían soliviantado a las mujeres y era preciso cortar por lo sano antes de que fuera demasiado tarde. Por esta razón reunió a la oficialidad y les amonestó por su conducta diciéndoles:

—Señores, vuestra conducta es impropia del uniforme que ostentáis. Los aldeanos están ofendidos con vosotros, y con razón. Habéis prodigado galantería con estas inocentes mujercitas, excediéndolas hasta el extremo de haberlas hecho concebir ilusiones que vosotros bien sabéis que nunca podrán realizarse. Los hombres honrados no podemos proceder así.

El oficial de mayor categoría, ante las palabras del capitán, comprendió que tenía razón y se adelantó hacia él diciéndole:

—Mi capitán, me permito opinar del mismo modo, aunque creíamos que nuestras bromas con las aldeanas no iban a tener tanta importancia.

—Pues ha sido así— insistió el capitán—. Ellas y ellos, antes de nuestra arribada eran felices; nada ni nadie turbaba su vida sencilla; ahora, sin embargo, por culpa vuestra, donde todo era alegría se ha sembrado la discordia y el rencor, por eso, lamentándolo mucho, no tengo más remedio que condenar vuestra conducta.

El oficial, ante la nueva acusación del capitán, se cuadró y le dijo sinceramente:

—Mi capitán, si usted cree que somos culpables de lo que nos acusa, yo, en nombre de mis compañeros, pido que nos arreste.

El capitán le abrazó conmovido, ante aquel gesto de sinceridad y de confianza en su rectitud, y exclamó suspirando y acordándose de Margarita:

—No puedo castigarlos... Quizás yo también soy culpable... Pero hay que marchar, muchachos... El buque está dispuesto y zarparemos cuanto antes mejor.

—Cuando usted ordene, mi capitán.

—Antes ha de celebrarse una fiesta. Ya sabéis que quiero dejar un buen recuerdo entre esta pobre gente... Y ahora os ruego que me dejéis solo.

Los oficiales se retiraron según los deseos del capitán y uno de ellos,

ante la actitud del capitán, le dijo a uno de sus compañeros:

—Parece que al capitán no le agrada la idea de abandonar la isla.

—¿Quién sabe? Tal vez hay también una mujer por medio.

Y sin hacer más comentarios se alejaron hacia la cubierta, mientras que el capitán Alberto luchaba por apartar de su mente el recuerdo de Margarita.

Aquel amor que Margarita había despertado en su corazón era una quimera, un sueño irrealizable. Debía apartarse cuanto antes de la muchacha y dejarla en paz, aun cuando él jamás le dio ocasión para que ella sospechase que estaba enamorado. Y lo peor era que ella también le amaba. Lo había conocido en sus palabras, lo había leído en sus ojos cuando le miraban y lo había adivinado en sus palabras, cuando le hablaba emocionada en su presencia... ¡Pobre niña!, pensaba el capitán. Tal vez este es su primer sueño de amor, quizás yo he despertado su corazón a una pasión amorosa y a una pasión que no puede tener realidad.

Y si aun le quedaba alguna duda de lo que pasaba en el corazón de Margarita, aquella misma tarde tuvo la confirmación al saber que ella lo buscaba y que preguntaba por él. Salíó inmediatamente a su encuen-

tro, y cuando estuvieron juntos le preguntó:

—¿Qué quieres, Margarita?

Margarita, al encontrarse frente al capitán quedó cohibida sin saber qué decirle. Era verdad que ella le había buscado, sabía que tenía que decirle algo muy importante para ella, pero ahora no sabía cómo empezar y titubeó algunas frases diciendo:

—Yo... no sé... nada...

—¿Nada? —preguntó extrañado el capitán—. Pues ¿no me habías buscado?

—Sí, es que... es que yo... es que quería haceros una pregunta.

—Pues preguntame lo que quieras—le dijo el capitán cariñosamente.

Ella ante el gesto cariñoso del capitán tuvo más ánimo para hablar y preguntó:

—¿Es cierto que habéis organizado una fiesta para dotar a las cinco primeras parejas que se casen?

—Cierto.

—¿Y es cierto también que habéis dicho que os alegraréis mucho que una de ellas fuera yo?

—Claro que sí.

Margarita esperaba una negativa del capitán. Su corazón le había dicho alguna vez que aquel amor que

sentía por el capitán era también correspondido, pero al oír que el capitán quería que ella se casara con otro, no pudo contenerse y exclamó, entre indignada y llorosa:

—¿Y quién sois vos, capitán, para disponer que yo me case? Yo no quiero vuestra dote... No la necesito, porque yo... no me casaré nunca... ¿Lo sabéis? ¡Nunca!

Ante la actitud de Margarita el capitán le cogió dulcemente las manos, intentando calmarla y le preguntó:

—Pero, nena... ¿Qué dices?... ¿Por qué no has de casarte tú?... Si el hombre que tú quieres te quiere a ti...

Ella le interrumpió llorando desconsoladamente y diciéndole:

—No, no me quiere... Todos los hombres mienten. Son malos... Yo no me casaré nunca. ¿Lo sabéis?... Nunca...

Y sin querer que el capitán pudiera adivinar en sus lágrimas la verdadera congoja de su alma echó a correr para huir de él sin atender a los llamamientos del capitán que quería a toda costa consolarla, ya que él se daba cuenta a qué se debía el pesar de la joven y aquellos reproches que tan tímidamente le hacía.

UNA DECLARACION DE AMOR

ROMO todavía no le había dicho a Margarita el amor que por ella sentía.

Y no solamente no se lo había dicho, sino que no sabía cómo expresárselo... Estuvo toda la noche pensando la forma de declararse a Margarita, y por más que lo pensó y repensó, todo fue inútil. Finalmente tuvo una idea. Era el amigo del capitán y el capitán sería quien le aconsejara de la forma que debería hacerlo... ¡Quién sabe si hasta el mismo capitán le serviría de intermediario!

Y en cuanto fué de día y creyó que era una hora prudente para ver al capitán, se fué en su busca y preguntó por él en el barco.

—Allí lo tienes junto al puente —le dijo el marinero a quien preguntó.

El capitán, al verlo llegar, le preguntó alegremente:

—¿Tú aquí, Romo?

—Me he atrevido venir a bordo porque quiero hablarte de algo muy importante para mí.

—Has hecho bien, Romo... Dime, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Margarita me ha prometido que iría al baile conmigo.

—¿Estás seguro?—le preguntó el capitán, recordando la escena que había tenido con la joven.

—Ya lo creo—respondió el muchacho—. Ella misma me lo dijo, por eso he venido y por eso os necesito.

El capitán se le quedó mirando, sin poder dar crédito a lo que le decía Romo. Pensaba en que no era fácil que Margarita le hubiese pro-

metido aquello. Mas Romo, sin poder adivinar lo que pensaba en aquel instante el capitán, siguió diciéndole:

—Capitán, yo no me atrevo, no sé hablarla, y para ese día... Si ella no está conforme en casarse conmigo, ¿usted me ayudaría?

El capitán Alberto sostuvo una lucha sorda entre su deber de caballero, que era el proteger aquellos amores, ya que él no podía ofrecerle el suyo a Margarita, y el que él sentía por la muchacha. Pudo más en él su caballeridad y le respondió decidido:

—Tú recurres a mí, y mi deber de buen amigo me obliga a complacerte. Confía en mí. Vete y espérame a la puerta de la posada. Ahora voy yo.

Romo, conmovido por la noble actitud del capitán, le estrechó las manos fuertemente diciéndole:

—Gracias, capitán. Muchas gracias.

Poco después Romo y el capitán se hallaban al pie de la ventana de Margarita, y el segundo de ellos le decía al enamorado joven:

—Ahora mismo debes hacer lo que yo te diga. ¿Ves aquella ventana de Margarita?

—Sí, esa es—afirmó Romo.

—Pues para llamar su atención, canta desde aquí una copla.

—Pero ella no se asomará—exclamó Romo.

—Haz lo que yo te digo, hombre—insistió el capitán—Tú dile cantando todo lo que sientas y verás cómo no se te resiste.

Romo pareció acceder a lo que le decía el capitán. Mas, no obstante, le preguntó:

—Haré lo que vos me mandéis... Pero, ¿por qué no lo dejamos para mañana?

—No. Tiene que ser ahora mismo.

—Es que no me deja la emoción—le dijo Romo, que hacía grandes esfuerzos por serenarse.

—Pues si estás emocionado, mucho mejor.

Romo, procurando dar a su voz la mejor entonación posible, comenzó a cantar:

*Siento en mí no sé qué cosa,
siento lo que tú no sientes,
siento que no sales pronto
y siento que te molesta.*

Cuando terminó de cantar, esperó unos segundos y viendo que no salía Margarita se volvió hacia el capitán y le dijo:

—Yo ya he terminado y ella no salió.

El capitán sonrió ante la ingenuidad del muchacho y le respondió:

—Verás tú la copla que diré yo:
Y dejando en libertad el amor que
sentía por ella, se puso a cantar:

*Mis ojos de ver los tuyos,
cegaron con sus reflejos,
no vea, mas si te miro
a los ojos veo el cielo.
Qué tienes en la mirada,
niña de los ojos bellos,
que sus rayos iluminan
amorosos pensamientos.
Tu mirada, tu mirada dice amo-
[res,
caricias, chocar de besos,
esperanzas, esperanzas y alegrías,
ternuras, dichas y ensueños.
Qué tienes en la mirada,
niña de los ojos bellos...
Qué tienes en la mirada
que levantas ese fuego de amor.*

Romo asentía jubiloso a la canción del capitán. Aquella canción interpretaba fielmente sus sentimientos, y cuando terminó de cantarla exclamó emocionado:

—Eso, eso mismo es lo que quería decir yo.

—Es que también yo estoy enamorado—suspiró tristemente el capitán— Ahora espera a que salga.

—Pero si Margarita no está en su habitación—le explicó Romo.

El capitán se le quedó mirando sin saber qué hacer, si darle un pescocón o si echarse a reír. Finalmente optó por tomarlo a broma y le dijo:

—¡Pero, hombre! ¿No se te ha ocurrido decirme lo hasta ahora?

Romo sin preocuparse de la plancha que había hecho hacer al capitán, siguió diciéndole:

—Mi capitán, yo quería decirle a Margarita todo eso tan bonito por carta y que vos me la escribáis.

El capitán accedió nuevamente y le dijo:

—Está bien, hombre. Ahora mismo si quieres.

Y juntos se fueron a escribir aquella carta que sería la declaración de amor del pobre mozo que tan enamorado estaba.

UNA CARTA DE AMOR

DURANTE unos minutos el capitán estuvo pensativo antes de comenzar a escribir. Romo esperaba impaciente, hasta que, por fin, el capitán se puso a escribir y dejó expresado en aquella carta todo el amor que sentía por la angelical niña. Cuando hubo terminado se la entregó diciéndole:

—Ya está. Ahora se la entregas a Margarita.

Pero ninguno de los dos se dieron cuenta de que los estaba espiando otra muchacha, que al ver que el capitán le entregaba una carta a Romo y que le decía que se la llevara a Margarita, corrió en busca de ésta para decirle:

—Margarita, acabo de ver al capitán que entregaba una carta a Romo para ti.

Margarita sintió que su corazón latía violentamente. Era aquello lo que ella esperaba con tanta ilusión. Estaba segura de que aquella carta sería una declaración de amor del capitán y sintió que todo su rostro ardía de rubor, mientras que su alma sentía la mayor dicha de su vida.

—¿Estás segura de que es para mí?—preguntó emocionada.

—Sí, Romo la guarda.

Entonces se dió cuenta Margarita de la promesa que habían hecho las mozas de no dirigirle la palabra a ningún hombre y exclamó tristemente:

—Pues si es Romo quien la guarda, como no puedo habiarte, no se la podré pedir.

—Ya sabes que ellos tampoco quieren hablarnos. A lo mejor te la

entrega sin que tú se la pidas. Ve en seguida.

—Voy a intentarlo—terminó diciendo Margarita.

Fue a la taberna en busca de Romo, y valiéndose de mil coqueterías y ademanes, consiguió que Romo le entregase la carta que decía:

*Yo he pasado la vida en un sueño
y mi sueño me hablaba de amor,
y mi amor fue una imagen divina,
y la imagen tu forma tomó.
Todo el culto que mi alma sentía
como ofrenda lo puse en la altar
y mis preces de amor se elevaron
hasta ti, criatura sin par.
Aquello fué, lo que soñé,
toda una vida de ansiedad,
me desperté, te vi y no sé
si aun eres sueño o realidad.*

Al terminar la lectura, Margarita, sin acordarse ya de la promesa hecha de no hablar a ningún hombre de la isla y pensando tan solamente en la dicha que para ella representaba el ser amada del capitán, puesto que con razón creía que la carta era de él mismo, preguntó a Romo:

—¿Qué quiero decir esta carta?

—Pues que un hombre te pide su amor—le respondió Romo.

—¡Me quiere!—exclamó Margarita emocionada.

Y con la misma emoción Romo le preguntó:

—¿Y tú?

—También yo—respondió ella.

Romo, sin sospechar la equivocación de la joven, siguió diciéndole:

—Margarita, en esta carta va el amor de toda una vida.

Ella le miró extrañada y le preguntó:

—¿Cómo sabes tú eso?

—¿Pues quién lo va a saber?—respondió él.

—¿El te lo ha dicho?—preguntó Margarita.

—¿El?... ¿Pero qué dices?

—Pero, ¿tú conoces esta carta?—insistió en su pregunta Margarita.

—Claro que la conozco... Pues ¿quién la ha escrito?

—¿Entonces esta carta es...?

—Esta carta es...—«mías» iba a decir Romo. Mas como en aquel momento vió que entraban los demás mozos, temió que le cogiesen hablando con Margarita y le hicieran objeto de sus golpes por haber faltado a la palabra dada, y terminó diciéndole:

—Esta carta es del capitán.

Margarita, emocionada, cogió las manos de Romo y las estrechó fuertemente diciéndole:

—Gracias, Romo.

—¿Qué es eso?—exclamó uno

de los mozos al ver que Romo estaba hablando con Margarita.

Esta se apresuró a explicar lo que había pasado y les dijo:

—Que Romo ha sido el portador de mi felicidad.

Y ante las miradas airadas de sus compañeros Romo quiso justificarse diciéndoles:

—Sí, yo he sido, pero era porque quería asegurarme de que nuestras sospechas eran ciertas.

—¿Y qué sospechas son esas?— preguntó Margarita.

—De que querías al capitán—exclamó indignado Romo.

Mas ella, como mujer plenamente enamorada que sabe defender su amor contra todo y contra todos, los retó con la mirada preguntando:

—¿Y quién me pide a mí cuentas?

—Me interesa a mí — exclamó Romo envalentonado por la presencia de sus compañeros.

—Nos interesa a todos—le dijo otro de los que habían llegado—. No queremos que gente extraña nos robe lo que es nuestro.

Margarita no pudo contener la indignación que le producían aquellas palabras. Comprendía todo el egoísmo de aquellos hombres que no habían sabido apreciar el valor de las mujeres de la aldea, hasta

que otros se lo habían hecho ver, y exclamó:

—¿Y con qué razón podéis oponerme? Ninguno de vosotros habéis sabido apreciar lo que tenéis. Decid más bien que vuestro amor propio está herido.

—Es que nos da vergüenza ver con qué facilidad queréis al primer hombre que se os presenta—siguió diciéndole el joven que antes le había hablado.

Pero Margarita tenía en aquel momento contestación para todo. Parecía que de aquella forma defendía con más fuerza su amor, y le respondió enérgicamente:

—Tú lo has dicho; «el primer hombre», y aquí, por lo visto, no hubo hombres hasta que vinieron los marinos.

—Pues yo te juro—amenazó el mismo mozo—que muy pronto sabrán los marinos que aquí hay hombres.

—Les basta saber que hay mujeres — respondió despectivamente Margarita.

Aquella respuesta produjo en él tanta indignación que se adelantó hacia Margarita en actitud violenta y amenazadora, diciéndole:

—¿Te burlas?

Pero antes que pudiera acabar la frase Margarita vio al capitán, y es-

te, echando a un lado a quien amenazaba a la muchacha, le gritó:

—¡Caralla! ¿Te atreves a amenazar a una mujer?

Buscó con la vista a Romo, y no viéndole, porque éste había desaparecido, le dijo:

—Yo, en nombre de Margarita, exijo cuentas.

Y teniendo a Margarita entre sus brazos le dijo cantando:

*No temas por tí.
Por mí fe de caballero,
de mí estirpe y mi blasón:
yo te juro, bella niña,
que seré tu protector.
Los agravios que te han hecho
yo no pueda consentir
y en ausencia de tu novio
yo seré tu paladín.*

Margarita se le quedó mirando extrañada, aun cuando empezaba a comprender ahora la verdad de todo lo que había ocurrido. Se dijo: cuenta de que aquella carta era de Romo, declarándole su amor, y apartándose del capitán por el desengaño que había sufrido, le respondió:

*Yo agradezco con el alma
vuestra noble protección,
mas no quiero que a los hombres
les prestéis conversación.
Los agravios que me han hecho*

*no me pueden nunca herir
y el desprecio únicamente
llevarán siempre de mí.*

Martín, uno de los mozos que más alirado se mostraba, al ver intervenir al capitán le dijo agriamente:

—No sé por qué os mezcláis en nuestros asuntos, pero ya que habéis nombrado al novio de Margarita, decidnos quién es.

—Margarita nos había dicho que usted le había escrito—dijo otro de ellos.

—Esa carta no es mía—respondió el capitán—. Esa carta es de Romo.

—¿De Romo? — preguntó Martín.

Romo que había ido entrando sigilosamente, al ver que la cosa no llegaba a mayores y que no tenía nada que temer, exclamó dirigiéndose a Margarita:

—Muy cierto. La carta es mía. El capitán se volvió rápido y preguntó a su vez:

—¿Pero estaba Romo aquí y dejó que...?

Martín no le dejó terminar la frase, y agarrándose a Romo e intentando pegarle le dijo:

—¡Tú nos engañaste!
—Cumplí lo acordado—exclamó

Romo, dándose cuenta de que había aparecido demasiado pronto.

Y entre todos lo cogieron y le tiraban de un lado para otro diciéndole:

—¡Traidor!... ¡Desleal!... ¡Tendrás tu merecido!

—Pero dejad que me explique— quiso decir Romo, sin que nadie le dejase hablar.

Mientras tanto Margarita, apartada de todos ellos, sentía que las lágrimas le quemaban los ojos. Su desilusión había sido mucho mayor, puesto que por unos instantes sintió tan cerca de ella la felicidad que al despertar de ese letargo amoroso vió que todo había sido producto de su loca quimera amorosa. Miró al capitán con ira, con rabia, tal vez con odio. ¿Qué derecho tenía aquel hombre para hacerla sufrir de aquel

modo?... ¿Cómo podía él creer que ella pudiera amar a Romo? Y desde aquel instante un pensamiento se apoderó de ella, jugar con el amor del capitán como él había jugado con el suyo. ¿No quería que asistiese a la fiesta con Romo? ¿No quería que su pareja fuese premiada?... Pues lo haría, y por lo menos, ya que ella sufría, sufriría también el capitán al verse suplantado por otro. Era la venganza, la que ella deseaba, sin saber la muy inocente que era tanto como escupir al cielo, ya que el mismo dolor que pudiera causar al capitán era el que ella misma se causaba.

Durante toda aquella noche estuvo pensando el modo de hacer sufrir al capitán lo mismo que ella sufría, y cuando al fin el sueño la venció, ya había tomado su resolución.

LA FIESTA DE DESPEDIDA

EL día antes de la marcha del buque mandado por el capitán Alberto, éste, cumpliendo su palabra había preparado todo lo necesario para celebrar aquella fiesta en la que habían de ser premiadas varias parejas.

En el pueblo la noticia y la cuantía de los premios había originado una verdadera algarabía, y por la noche en la plaza todos los mozos y mozas trabajaban afanosamente para engalanarla con el fin de que al día siguiente apareciese arreglada. Las mozas, por su parte, no durmieron aquella noche preparando sus mejores vestidos y la alegría se mostraba en todos los rostros.

La única que no convivía aquella alegría era Margarita. Para ella la fiesta no tenía nada de alegre.

Era el último adiós que daba a sus ilusiones. Al día siguiente el capitán partiría con su gente, iría a otros puertos, a otros países, vería a otras mujeres, y el recuerdo de la pobre aldeana quedaría borrado de su mente como queda olvidado un incidente cualquiera y sin importancia de la vida.

La pobre muchacha ante esta sola idea lloraba silenciosamente el desengaño de aquel primer amor que había nacido en su alma y comprendía que nunca más podría conseguir ser feliz. Su felicidad, su dicha, era el amor del capitán y, marchándose, quedaba ya rota para siempre.

Era inútil que Romo quisiera hacerla comprender que su amor era inmenso. ¿Qué podía ella esperar

del amor del pobre muchacho? En su ignorancia, él no sabía comprender ni adivinar todo el sufrimiento que vivía la infeliz Margarita. Él se sentía feliz porque la tarde anterior, al encontrarla, le había dicho:

—Margarita, ¿vendrás conmigo al baile?

Y ella en un arranque de celos, de querer que el capitán sufriese los mismos celos que ella sentía, le respondió:

—Sí, Romo; iré contigo a la fiesta, seré tu pareja y ya veremos si ganamos el premio.

Aquellas esperanzas fueron para el alma de Romo como una luz que vino a dar claridad en la oscuridad de su amor, y desde aquel instante se sintió el hombre más feliz del mundo. Y como suele ocurrir siempre que la felicidad propia hace olvidar la desgracia ajena, Romo no supo o no pudo ver que lo que para él era una dicha, para Margarita era un dolor.

Muy de mañana dió lugar el comienzo de la fiesta. Las parejas llegaron a la plaza rebosantes de júbilo, y entre ellas estaban también Romo y Margarita.

La música comenzó a tocar el baile popular que se bailaba en la isla, y todas las parejas se entregaron a sus dulces acordes. Las risas y las carcajadas atronaban la plaza,

mientras que Margarita sentía que su alma se desgarraba de pena.

Romo, en un momento de descanso y cogido de la mano de la muchacha, le dijo:

—Cuánta alegría hay en la aldea, ¿verdad, Margarita?

Ella respondió tristemente, sin atreverse a levantar los ojos del suelo, para que no se le vieran el brillo de las lágrimas:

—Sí, cuánta alegría.

—Tras días he estado aprendiendo el baile—volvió a decirle Romo.—Yo no sabía, pero ahora ya lo sé... Tú sí que bailas bien, ¿verdad, Margarita?

Pero la infeliz muchacha tenía el pensamiento tan lejos de allí que ni siquiera le oyó, y ante la pregunta de él, que esperaba su contestación, le dijo volviendo a la realidad del momento:

—¿Qué decías, Romo?

Entonces fué cuando el muchacho se dió cuenta de la tristeza de Margarita y comprendió también el motivo. Sin atreverse a protestar, pues su amor era tan grande que ni siquiera se creía con derecho a ello, le respondió tristemente:

—No... nada... decía que tú bailas bien.

—Regular—respondió ella.

Un toque de corneta llamó la

atención de todos, y uno de los viejos campesinos gritó:

—Muchachos!... El baile del concurso va a comenzar... Se advierte a todos que para este baile sólo podrán tomar cintas los que aspiren al premio del capitán Alberto.

Sabina cogió fuertemente la mano de Stok y le dijo mimosamente:

—¿Has oído? Tendremos que bailar juntos.

—¿Bailar juntos?—exclamó todo asustado Stok—. De ninguna manera. Prefiero convidarte a comer... hasta que te hartes.

Ella le miró con ojos de borreguita inocente y le preguntó:

—Pero... ¿por qué no quieres bailar con tu pelotita?

—Porque te tengo miedo — le dijo él.

—¿Miedo a qué?—inquirió ella inocentemente.

Stok miró el cuerpo corpulento de aquella mujer, pensó en las arrobadas que pesaba y le contestó:

—Tengo miedo a que me pisés.

Un oficial que oía el diálogo de los dos, se acercó riendo al cabo y le preguntó:

—¿Por qué no bailas con ella, llevándola en brazos?

Sabina bajó los ojos ruborizada y exclamó:

—¡Ay!... Eso debía hacer, llevarme en brazos.

La tristeza de Margarita iba en aumento a medida que se acercaba la hora de terminar la fiesta. Romo hacía lo imposible por distraerla, y al ver que nada era capaz de mitigar la tristeza de la joven, le preguntó solícito:

—¿Qué te pasa, Margarita?

—No lo sé. Te suplico que me dejes.

El la miró extrañado al ver que hacía intención de marcharse y le preguntó:

—¿Pero no bailas conmigo?

—No, Romo. Baila tú solo o baila con otra... Yo no puedo.

Romo comprendía todo lo que pasaba por el corazón de la inocente joven. Y lo comprendía ahora, porque él también sentía la misma pena y se lo dijo tristemente:

—Ya lo ves... Ya comprendo porque no quieres... Piensas en el capitán...

Ella creyó que le pedía explicaciones sobre sus sentimientos. En aquel instante no admitía ingerencias de nadie y exclamó desafiándole:

—¿Y si así fuese, qué?

El no aceptó el reto, y habiéndole como un verdadero amigo le dijo:

—Haces mal, Margarita; no sueñes con el capitán... No te quiere.

—¿Tú que sabes?—preguntó ella, aferrándose a una última esperanza.

—Si lo sé. No te quiero. Su vida le lleva muy lejos de aquí.

—Esa no es una razón para que no me quiera—le confesó ella.

Romo la miró compasivamente. Cuánta pena le daba aquel amor de la joven que no podría encontrar nunca una esperanza ni un consuelo, y dejándose llevar más por la compasión que por ningún otro sentimiento, volvió a decirle:

—¡Pobre Margarita!... ¿Ves los molinos de viento? Así somos nosotros. Las aspas giran del lado que las impulsa el viento, y lo mismo hace con el amor. El mío fué a ti, el tuyo al capitán, y el del capitán, ¡sabe Dios hacia dónde va...!

—¡Calla!... —gritó desesperada Margarita—. ¡Calla!... ¿No ves que no puedo más?

Y sin querer que nadie comprendiese lo que sufría, huyó de la fiesta, quedando sólo Romo con el alma transida de pena.

Poco después llegó el capitán, y al ver a Romo solo le preguntó extrañado de no verle en unión de Margarita:

—¿Dónde está Margarita?

Romo le miró con odio. Comprendía que el capitán no tenía culpa ninguna de lo que pasaba. El se había portado con nobleza, y Romo la reconocía en lo que valía. Por lo

mismo le contestó melancólicamente:

—En el desembarcadero. Se ha negado a entrar en el sorteo. Ahora ya no tengo esperanza, mi capitán.

La pena de aquel muchacho conmovió al capitán. Creyó que su deber era conseguir que Margarita despertase de aquel sueño y volviese a la realidad, casándose con Romo. Su amor sufría por ello, pero su conciencia le dictaba que obrase con la rectitud de toda su vida. Y pensándolo así, creyendo que hablándole a Margarita con su acostumbrada lealtad conseguiría algo, le dijo a Romo:

—Espera todavía, Romo. Yo mismo le hablaré de ti y haré cuanto pueda para que vuelva a tu lado.

—¿Qué bueno sois! —exclamó Romo, percibiendo de nuevo alguna esperanza.

Se alejó el capitán hacia donde le había dicho Romo y vio a Margarita. Poco a poco fué acercándose a ella, sin que la muchacha lo advirtiera, y oyó como ésta recitaba el contenido de aquella carta que él escribió para que Romo se le declarase, y comprendió todo el dolor que pasaba por el corazón de la inocente muchacha. Incluso llegó a reprocharse haber sido él el causante de aquel daño. Mas, ¿qué culpa le cabía? ¿Acaso no sufría él del mis-

mo mal y sin embargo callaba para no hacer más viva la esperanza que pudiera concebir ella?

Cuando estuvo a su lado le dijo cariñosamente:

—Margarita, te ruego que me escuches.

—¿Qué quiere usted de mí?—le preguntó ella secamente.

—Hablarte de Romo. El sufre por ti. Te quiere con toda su alma.

—Lo sé—respondió la muchacha—. Pero yo no puedo quererle. Y dirigiéndole una mirada severa, llena de reproches, le preguntó:

—¿Por qué es ocupáis tanto de Romo y de mí?

—Por varias razones—le dijo el capitán, sin quererle decir la verdadera—. Porque es pobre de espíritu y me pidió ayuda, y yo, hombre agradecido, no debía negarme. Porque confié en que si yo hubiera sabido ganarte para él, los dos hubierais sido muy felices...

—¿Nada más que por eso?—preguntó Margarita mirándole fijamente a los ojos.

El fuego de aquellos lindos ojos llegó hasta el fondo del alma del capitán. Sentía que se quemaba en la pasión que encerraba en su pecho, y no pudiéndose contener le confesó:

—Además, porque quiero que lo sepas, Margarita, porque mi alma

encontraba consuelo al hablarte de mi cariño por boca tuya.

Ella le miró amorosamente.

Aquella confesión del capitán le hacía el ser más dichoso de la tierra, y le preguntó dulcemente:

—¿Y para decirme que me queráis elegís este procedimiento?

—No lo elegí—respondió el capitán—, lo acepté resignado porque tantas veces como me acerqué a ti tú no quisiste escucharme.

—Y no me arrepiento, capitán—le dijo ella—. Estoy tristemente convencida de que vos os hubierais burlado de mí como lo hicieron vuestros amigos con las demás aldeanas.

—Te equivocas, Margarita—le respondió sinceramente el capitán.—Yo estoy dispuesto a casarme contigo.

Era tal su alegría, que Margarita temía que todo fuera producto de un sueño. Además, se acordaba que esa misma promesa habían hecho los otros a sus amigas, y temiendo ser víctima de una burla semejante respondió:

—El mismo engaño que los otros emplearon con estas muchachas... No insistáis, capitán. Yo nunca seré motivo de vuestra diversión.

El la miró satisfecho. Le gustaba aquella alma orgullosa que sabía do-

blegarse ante el dolor, pero no ante el engaño, y le dijo:

—¡Eres orgullosa, Margarita!

—Orgullosa, no. Demasiado humilde para creeros.

Y sin querer darle más, temiendo que al fin cedería, Margarita huyó de aquel paraje para esconderse en su casa y llorar a solas su tristeza.

El baile se había concluido. Las parejas habían sido premiadas, y entre ellas, aun cuando no tomaron parte, había sido premiada también la de Romo y Margarita.

En vista de que ellos no habían sido premiados, Stok y Sabina fueron a la taberna para beber el unos boks de cerveza. Allí llevaban ya cerca de una hora, sin que el cabo le dirigiese la palabra a su enamorada, cuando éste le dijo al fin:

—Con éste llevas 32 boks, y cada vez estás más triste. Aunque tú no me hayas dicho nada, yo sé por qué.

—¿Lo adivinas?—preguntó bromeando Stok.

—Sí—le dijo oía melosamente.—Tú estás tristecito porque Sabina y Stok no han sido premiados con la dote del sorteo, ¿verdad?

Stok se encogió de hombros, se bebió otro bok de cerveza y respondió:

—Bueno.

—Pero yo tengo una sorpresita para mi nene—le dijo ella, sacando una media en la que guardaba un buen puñado de monedas— ¿Quién se va a comer mis ahorritos?

Stok al ver aquella media le echó mano diciéndole:

—¡Eh, nena! ¡Que no lo vea nadie, Sabinita mía!... ¡Ven junto a mi corazón!...

Pero en esto un oficial pasó por allí y dio orden al cabo Stok de que fuera a bordo, dejando a la pobre Sabina sin Stok y sin dinero.

Así la encontró el desdichado Romo, que al verla tan triste comprendió su sufrimiento y le preguntó:

—¿Tú también estás sola, Sabina?... ¿Y el cabo Stok?

—Hace un momento que vino un oficial a buscarlo y no le he vuelto a ver—respondió.

Quedaron unos segundos en silencio. Hasta ellos llegaban alegres y retozanas las voces de las parejas que se alejaban de la fiesta que ya había terminado en la plaza y que iban cantando:

*En la fuente del cariño
nos pusimos a beber,
y hoy la fuente ya no corre,
la dejamos seca ayer.*

M Ó L I N O S D E V I E N T O

*Niña, nunca bebas
agua del amor,
cuanto más trasieques
mucho más ardor.*

*Y la sed de amores
no es al empezar,*

*es cuando no tienes
agua que tomar.*

*En la fuente del cariño
nos pusimos a beber,
y hoy la fuente ya no corre
la dejamos seca ayer.*

EN POS DE LA FELICIDAD

ENTAMENTE los que cantaban iban alejándose, y aquella copla, para los dos enamorados, era en aquel momento como el grito de sus corazones que lloraban el mismo dolor.

—Es verdad—suspiró con tristeza Romo—. «Cuanto más trasiego, mucho más ardor». En esa fuente bebimos los dos, Sabina. Tú creíste en un amor y yo en otro, pero todo fue un sueño. Todo huyó para no ser más.

Pero Sabina no era tan romántica como Romo. Ella se aferraba más a la realidad y estaba dispuesta a defender su amor a toda costa y le preguntó:

—¿Qué harás, Romo? El se encogió de hombros y Sabina volvió a decirle:

—Yo no le dejaré marchar. Me prometió casarse conmigo y cumplirá su palabra. Tiene que cumplirla, aunque le pese... El mismo capitán me lo prometió, y el capitán no engaña a nadie.

—Es verdad — respondió Romo, acordándose de cuanto el capitán había hecho en su favor—; el capitán no engaña.

Mas de pronto oyeron la voz del capitán y varios oficiales y guardaron silencio para oír lo que decían. El capitán daba órdenes a uno de los oficiales y le decía:

—He decidido zarpar esta madrugada... De esta orden no debe enterarse nadie en la aldea... ¿Que da alguno de la tripulación?

—No, mi capitán—respondió el oficial—. Unos cuantos empezaban

a beber demasiado y di orden de que subieran a bordo.

El capitán puso las manos sobre los hombros del oficial. Era aquél un antiguo amigo suyo, y olvidándose de la disciplina le dijo tristemente:

—Está bien. Cuando todo esté preparado, ven a buscarme y espérame a la puerta de la posada de Margarita... A las seis quiero llevar anclas.

—Está bien — terminó diciendo el oficial.

Los dos enamorados, tanto Sabina como Romo habían oído lo suficiente. El exclamó alegremente, al ver que se alejaba el motivo por el cual no le quería.

—¡Se van, Sabina, se van!

Pero ella lloró amargamente:

—¡Stok de mi alma! ¡Me lo quitan, se lo llevan!

Un aldeano vió a Romo tan solo allí y le cogió diciéndole:

—Pero, ¿por qué estás tan aburrido?... Vente, hombre, vente.

Sabina quedó por unos minutos sola y llorando. De pronto oyó la voz de Margarita que le preguntaba:

—¿Por qué lloras, Sabina? ¿Qué es lo que te pasa?

—Que se van, Margarita... Que se lo llevan.

—Que se van... ¿Quien te ha di-

cho eso?—preguntó angustiosamente Margarita.

—Sorprendí al capitán que daba órdenes a uno de sus oficiales, para marcharse al amanecer, diciéndole que no debía enterarse nadie en la aldea.

Margarita sabía ya lo que le interesaba. El capitán quería huir sin despedirse de ella. Ahora es cuando creía ciertamente en el amor que le había confesado y ahora era cuando ella estaba dispuesta a salvar su amor a costa de lo que fuese. Pensó un plan para impedir que el capitán se fuese, y aquella misma noche lo puso en práctica.

Margarita estaba dispuesta a todo con tal de no perder al hombre que tan grande pasión le había hecho sentir. Poco le importaba a ella todo lo demás del mundo. Para ella solamente existía una idea: ser del capitán, conseguir el amor de él, fuese a costa de lo que fuese.

En la soledad de su alcoba pensaba en las palabras que el capitán le había dicho aquella tarde, y dudaba de que hubiera pretendido engañarla. Se lo decía su mismo corazón, y el corazón de una enamorada pocas veces engaña. Lo que no comprendía ella era por qué no le había querido hacer caso? ¿Por qué había rehuído aquella declaración? Y en aquellos instantes en que ha-

cia un examen de todos los sentimientos comprendió que eran los celos y únicamente los celos los que la habían hecho desoír la declaración amorosa del capitán.

La figura del amado se recortaba ahora precisa y terminante en su mente y le parecía leer en aquellos ojos, que cuando la miraban la abrazaban, todo el fuego de aquel amor que ella tanto ansiaba. Había tenido el momento preciso para hacerlo suyo y, sin embargo, lo había rehusado.

Pero al decirle Sabina que aquella noche marchaban y que el capitán no quería que supiese la partida, adivinó el motivo de aquel silencio. No había duda de que el capitán quería evitar el momento de entrevistarse otra vez con ella y de separarse.

Para él la separación tenía que ser tan dolorosa como lo era para ella, y ésta era una prueba de que él la amaba.

Una niña todavía, Margarita soñaba, y soñaba despierta en aquel atardecer misterioso, mientras la negrura de la noche iba cubriendo con su manto de luto todos los contornos de la aldea. Poco a poco iban desdibujándose los objetos, y ella ni siquiera se daba cuenta del tiempo que hacía que estaba en aquel éxtasis pensativo.

El tiempo apremiaba y era necesario tomar una determinación antes de que fuese demasiado tarde. Sabía a lo que se exponía, pero como estaba dispuesta a luchar hasta el fin por su amor, no lo dudó más y se levantó precipitadamente. Sería una locura, una temeridad, pero era también el único medio de conseguir la felicidad que tanto ansiaba su alma.

Recogió los pocos vestidos que tenía y con ellos hizo un pequeño lío para tenerlo preparado para cuando llegase el momento que no habría de tardar. Huiría con él, y de esta forma el capitán no dudaría del amor que por él sentía. Algo turbó su decisión, y fue el recuerdo del pobre Romo. Se acordó del amor que sentía por ella y sintió tristeza por el pesar que le causaría cuando supiese que Margarita ya no estaba en la aldea. Pero él mismo se lo había dicho aquella tarde. El cariño era como las aspas de los molinos. Su cariño iba a ella, lo mismo que el suyo iba al capitán.

La noche había cerrado ya por completo, cuando el capitán se decidió ir a la posada de Margarita para recoger su equipaje y marcharse. Estaba dispuesto a no verla, quería evitar aquella despedida que era tan dolorosa para él. Durante todo el tiempo que medió entre la en-

través de la joven, el capitán Alberto vagó por la playa sin más compañía que la de su pensamiento.

Su mirada se detenía a veces en la lejanía del mar y pensaba que dentro de unas horas aquel bûque que a pocas millas de la playa esperaba para lanzarse al mar, le llevaría a otros países, le haría ver a otras mujeres, pero también le alejaría de Margarita. ¿Qué le importaban ahora a él aquellas mujeres que podría encontrar en sus correrías por mares y puertos? ¿Quizá podría alguna de ellas borrar de su corazón la imagen de aquella angelical criatura? No. El amor que él sentía por Margarita era el amor sincero, el amor que siente todo hombre una sola vez en la vida y el único que puede ser la dicha de su existencia. Recordaba el carácter enérgico de ella, su dulzura, otras veces, su gallardía y orgullo en ciertas ocasiones, para mostrarse poco después como una humilde enamorada capaz de someterse a todos los sacrificios que el amor le exigiera.

Pero en el examen de su conciencia, ésta no podía reprocharle nada. El no haber hecho nada por enamorarse a Margarita, habían sido sus corazones los que se habían buscado y sus almas las que se habían comprendido. ¿Acaso hizo él algo

por amarla? Jamás hubiera pensado que el hombre acostumbrado al trato con mujeres de todas las clases sociales, fuera a enamorarse como un simple guardia marino de una pobre aldeana. Y, sin embargo, lo estaba. Hubiera dado cuánto posela por ser en aquellos instantes un humilde pescador de la isla, poderse quedar en ella y gozar del amor de Margarita. Mas sobre todo aquel deseo noble y amoroso estaba el deber que cumplir. Él mandaba el barco y tenía que zarpar con él y zarpar solo, dejando tras él aquel amor en el corazón de la muchacha y aquella pasión que abrasaba el suyo.

Las voces de los aldeanos recogiendo los aparejos de algunas embarcaciones le volvieron a la realidad... Era ya casi de noche. Era esa hora crepuscular en la que se siente la nostalgia de las grandes pasiones, y el alma parece estar propicia a todos los grandes deseos. Era esa hora mística en la que los poetas deben soñar con sus más bellas creaciones, hora del amor, hora de sentirse junto a la mujer amada y oír de sus labios esas frases que tan solamente suelen sonar bien al enamorado que las oye.

Un grupo de marineros cruzó a algunos pasos de él, sin reconocerle. Los muchachos iban cantando ale-

gramente, y pensó en lo felices que eran todos aquellos que no tenían más preocupación que la de vivir su vida.

A lo lejos se recortaba, entre la nebulosidad del anochecer, la posada de Margarita. ¿Qué haría a aquella hora la pobre niña? ¿Cuán ajena estaría a que aquella entrevistada que tuvieron en el embarcadero iba a ser la última...! ¡Si ella supiera lo cerca que estaba su partida!

Y con esa fruición que a veces se siente en remover el propio dolor, el capitán fué construyendo mentalmente la vida futura de su amada. La veía casada con Romo, con aquel infeliz incapaz de comprender toda la pureza y toda la exquisitez del alma de Margarita. Al cabo de algunos años, Margarita, aquella flor de aroma embriagador, sería una aldeana más, cargada de hijos y sin tener en su vida más dicha que la del recuerdo de aquel amor que resultó imposible.

Sintió una excitación nerviosa que inútilmente trataba de contener. La idea de ver a Margarita convertida en una aldeana cualquiera le sublevaba. Si en aquel instante hubiera tenido a la joven cerca de él, le hubiera expresado nuevamente toda su pasión y le hubiera hecho comprender que era ella la úni-

ca mujer que reinaba en su corazón. Que él no era como los otros que juraban amor en falso, él no sabía de las mentiras del amor, y que todo su ser le pertenecía a ella como le pertenecían todos sus pensamientos.

Suspiró con tristeza, pensando que se elevaba a mundos quiméricos de fantásticos ensueños, y poco a poco fué dirigiéndose hacia la posada donde estaba ella. Ansiaba verla, pero también temía el encuentro. Si la veía no podría apartarse de ella; y era preciso marchar, era preciso huir como si fuera un ladrón que se llevaba algo que no le pertenecía. Y si no la veía, cuánta pena no sentiría la muchacha, considerándole un desagradecido. Su huida sería la confirmación de lo que ella le dijo aquella tarde, que se burlaba de su amor...

Era verdaderamente dolorosa la situación del pobre enamorado. Por un lado su posición social le decía que era una locura aquel amor, y por otro su corazón le empujaba a ella. ¿Cuál de las dos voces sería la que le diría la verdad?

Dejó tras sí la playa y ya cerca de la posada, esperó unos segundos a que se hiciera completamente de noche. No quería que nadie le viera entrar. Quería entrar y salir sin que

M O L I N O S D E V I E N T O

nadie advirtiese su presencia. De esa forma se evitaría explicaciones que no estaba en el caso de darlas en aquellos momentos.

Por fin todo quedó en silencio. Ni una sola voz se oía en torno suyo. Sin duda la gente de la aldea, cansada por el ajetreo de la fiesta,

se había retirado a descansar y tan solamente algún mozo estaría en la taberna bebiendo cerveza. El momento era propicio para entrar.

Empujo débilmente la puerta y ésta cedió en seguida. Suspiró satisfecho al ver lo fácil que le sería lo demás.

CUANDO EL AMOR MANDA

QUIEN quilo ponerle trabas al amor? Ese chiquillo travieso no conoce de leyes humanas. Es ciego, y en su ceguera atropella cuantos obstáculos se interponen en su camino.

Va recto a su meta y es inútil cálculos y proposiciones. A veces nos parece que le engañamos, que hemos conseguido burlarle, pero siempre es él el burlador y siempre somos nosotros los vencidos.

Al entrar el capitán, toda la posada estaba sumida en el más absoluto silencio.

—Nadie se ha enterado—se dijo a sí mismo el capitán.

Conocía de sobras el camino que tenía que recorrer, y lentamente,

sin encender la luz, se fué directamente a su cuarto.

Todo estaba igual que él lo había dejado. Allí estaba el lecho donde permaneció herido y a cuyo lado vió por vez primera el rostro precioso de Margarita. ¡Con cuánta fruición recordaba todos los pormenores de aquella primera visión!... ¡Cuánta dulzura adivinó en aquel rostro que se acercaba al suyo, esperando ansiosamente su retorno a la vida!

Y mientras que el capitán buceaba en su pensamiento todos aquellos dulces recuerdos, Margarita, siguiendo el plan que se había trazado, salía sigilosamente de su habitación.

Antes que llegara el capitán ha-

bía estado esperándolo. Tenía la certeza de que vendría. No se podía marchar sin ir antes a la posada, y aquel era el momento que ella quería aprovechar para llevar a la práctica su idea.

Le oyó entrar sigilosamente, y su corazón latió con violencia. Estaba allí a pocos metros de él y le advinió luchando con el deseo de ir a verla. Mas ella, dispuesta a seguirlo, comprendió que si se veían la entrevista tal vez daría al traste con lo que iba a hacer. Por esto le siguió los pasos oyéndole entrar en su habitación, y cuando creyó estar segura de que no la veía, apagó la luz de su cuarto y se deslizó silenciosamente hasta ganar la puerta...

El aire tibio de la noche calmó un tanto la excitación de sus nervios. Temía ser descubierta por alguien de la aldea y que pudiera sospechar de ella. Antes de salir miró a uno y otro lado. El silencio era absoluto y nadie había allí.

Iba a salir cuando le pareció oír el ruido de unas hojas que se movían y procuró ocultarse contra el quicio de la puerta. Poco después, nada se oía. Sin duda había sido una ilusión cuya la que le hizo creer que no estaba sola.

Segura de que ya podía emprender la marcha, se dirigió diligente-

mente hacia el embarcadero con el deseo de llegar al barco antes del capitán y ocultarse sin que nadie la viese, hasta que llegara el momento oportuno.

La noche parecía estar hecha para los enamorados. Un lienzo azul cubría el firmamento, y las estrellas brillaban como puntos luminosos que señalaran el camino a seguir.

El mar en absoluta calma, parecía un infinito tapiz sobre cuyo verdor se reflejaba la luz del astro nocturno en toda su esplendor.

¿Quién en aquella placidez, en aquella quietud de la Naturaleza que parecía dormida no habría sentido el ansia de amar y sentirse amado?... ¡Cuántas noches como aquella las pasó Margarita contemplando las estrellas, como si por aquel camino de ignotos senderos no fuera a llegar el príncipe encantador que había de buscarla? Y fue por allí mismo, por aquel horizonte por donde apareció el barco misterioso en cuyo interior llegaba el ideal por ella tantas veces soñado y jamás logrado.

El capitán pensó que había llegado el momento de partir. Salió de su habitación y, ya en la puerta, dudó si marcharse sin decir nada a Margarita o si entrar a darle su último adiós.

Dejándose llevar por su deseo, anduvo varios pasos en dirección a la habitación de ella, y cuando llegó a la puerta se detuvo indeciso. No creía prudente lo que iba a hacer... ¿Qué necesidad tenía de alargar el dolor de la infortunada muchacha? Era mucho mejor que él solo sufriese este momento cruel de marcharse, sin que ella lo sospechara siquiera... Quizás en aquel instante Margarita dormía, ajena a la huida suya, y al día siguiente, cuando se despertase y viese que el barco ya no estaba allí, comprendería que todo había acabado. Lloraría un poco, pero pasado el tiempo terminaría olvidándole y un nuevo amor anidaría en su corazón, mientras que él seguiría por el mundo, llevando siempre consigo el recuerdo de aquel amor tan desgraciado.

Optó por esto último y volvió sobre sus pasos. Con el mismo sigilo que había entrado llegó hasta la puerta de salida. Intentó abrirla, pero no pudo. Entonces se dió cuenta de que alguien la había cerrado, y sin poder sospechar quién fuese, regresó de nuevo a su cuarto.

Abrió la ventana, y frente a ella, abajo, vió la figura del oficial que le esperaba para partir hacia el buque. Era el momento que tanto temía.

No se detuvo a pensarlo un ins-

tante más, y encaramándose sobre el alféizar de la ventana, se dejó caer al suelo. Antes de dar un solo paso miró nuevamente hacia la ventana de la habitación de Margarita. Sintió una congoja infinita, unas ganas locas de gritar llamándola, pero la presencia del oficial le detuvo y se fué hacia él, que le preguntó extrañado:

—Mi capitán... ¿qué ha ocurrido?...

El capitán Alberto se pasó la mano por la frente, como si quisiera ahuyentar de él los pensamientos que le agitaban, y al fin pudo decirle:

—Este es el momento más difícil de mi vida.

El oficial le miró sin comprenderle, y el capitán Alberto continuó diciéndole:

—¿Tú has amado alguna vez?

—Claro que sí—respondió el oficial—. ¿Qué ¿marino no ha tenido amores?

El capitán movió negativamente la cabeza. Su amigo y subordinado no le había entendido. No había llegado a comprender todavía qué clase de amor era el que él se refería, y siguió diciéndole:

—No es ése el amor de que te hablo. Hablo del único amor que llena una vida, de ese amor que jamás llega a olvidarse...

El oficial seguía sin entenderlo. Nunca el capitán le había hablado de aquella manera, ni sabía a qué clase de amor podía referirse. No obstante sonrió, acordándose de la forma cómo había salido, y el capitán que sospechó alguna duda en su oficial, se apresuró a decirle:

—¿Ya has visto por dónde ha salido?

—Desde luego, mi capitán.

—Me encontré con la puerta cerrada. No quise que Margarita supiera que me voy.

Entonces fué cuando el oficial empezó a darse cuenta de lo que su jefe quería decirle, y cambió por completo sus ideas, mientras que el otro seguía diciéndole:

—He salido así, saltando por la ventana como si fuera un ladrón, como lo hacen los que roban algo...

Miró fijamente al oficial, como queriéndole inculcar su mismo pensamiento, y le dijo:

—Yo nada he robado... Tú sabes que soy un hombre de honor y que jamás cometería una acción villana.

—De seguro, mi capitán—replicó convencido el oficial.

—Tú eres el único testigo de lo que acabas de ver y quiero que lo sepas, que no quede en ti la más leve sospecha.

El oficial asintió con la cabeza. Sentía una profunda pena al ver

a su capitán como sufría en aquel momento, y éste siguió diciéndole:

—Quiero que sepas también que ahí, detrás de esas paredes, dejo guardadas para siempre las ilusiones más puras de mi vida... Créeme tú, ya que ella no quiso creerme.

—Le creo, capitán... Comprendo lo que quiere decirme. Tenga usted confianza en mí y esté seguro que nadie sabrá nada de nada.

—Gracias, amigo mío—terminó diciéndole el capitán, al mismo tiempo que lo estrechaba fuertemente la mano.

Los dos hombres se dirigieron hacia el embalsadero sin dirigirse la palabra. El oficial comprendía todo el dolor que sentía el capitán y respetaba con su silencio aquel mudo pesar.

Poco después se hallaban a bordo, donde toda la marinería estaba preparada para zarpar. El capitán Alberto dió las órdenes oportunas y cada uno fué cumpliéndola con esa sistemática fidelidad de las cosas de a bordo.

El navío enfiló la proa hacia alta mar, mientras que el capitán, con la vista fija en la isla, seguía mirando el contorno de la posada de Margarita. Allí quedaba su amor, un amor tan grande que jamás sabría ella adivinarlo.

De pronto sintió unos leves pasos tras él. Le extrañó aquel leve ruido, incapaz de ser producido por ningún marinero, y al volverse no pudo contener su sorpresa.

Allí estaba Margarita, mirándole fijamente, y en sus ojos se adivinaba todo el inmenso amor que sentía.

—¡Margarita! — exclamó el capitán.

—¡Alberto! — exclamó ella.

Fue un impulso superior a la voluntad de ambos el que los hizo ir el uno al encuentro del otro. La muchacha se cobijó en los brazos de él como si buscara protección de algo que ni ella misma conocía, y el capitán le preguntó:

—¿Cómo estás aquí?

—Quería verte — respondió ella.

—¿Yo creí que estaba en tu casa?

—Supe que te marchabas y quise venir contigo — imploró ella dulcemente.

—¿Conmigo? — preguntó él, extrañado.

—Sí, Alberto — siguió diciéndole —. No podría vivir sin ti. Te amo y solamente a tu lado podría ser feliz. Haz de mí lo que quieras, pero no me abandones... He luchado mucho antes de venir, pero he comprendido que todo es inútil...

El hizo más fuerte el abrazo en que la tenía sujeta y exclamó:

—¡Margarita!... ¡Mi Margarita!

—Tuya, sí — supiró la muchacha.

—Has hecho bien — le dijo él —. Llevemos juntos a otro país, a otro lugar donde nuestro amor será santificado y donde gozaremos la dicha que nos merecemos... Nuestro amor será lo único que sobrevivirá a nuestra estancia en la isla.

Margarita apoyó dulcemente la cabeza sobre el hombro de su amado, y mientras que tras ellos iba quedando esfumada la isla, que fué la cuna de aquel inmenso amor, el buque avanzaba majestuosamente hacia un nuevo horizonte, donde, como una aurora, vislumbraban los dos encimorados la inmensa felicidad que les aguardaba.

FIN

CANCIONERO POPULAR

(EL PRIMERO EN SU GÉNERO Y EL QUE TODOS IMITAN)

Precio: 50 cts.

TANGOS ARGENTINOS

Imperio Argentina Carlos Gardel
Agustín Frutos Luis Mandelstam

CANCIONES DE PELÍCULAS

Imperio Argentina (Aixa)
Imperio Argentina (Carmen)
Estrellita Castro (Varías)

TONADILLERAS

Raquel Meller Estrellita Castro
Lola Cabello Conchita Piquer

CANZONETISYAS

Pitufillo Enriqueta de Arce Goyita
Amalia Molina Teresa Mansano
Marcelinas Llorens

AUTORES

Raffles

CANCIONES DE JAZZ - HOT

Tino Rossi Manuel González
Nina Cassanova E. Rodri-Mar

CANTAORES CITANOS

Pepo Salentinos Nancy Miró

IMITADORES DE ESTRELLAS

Derkas

CANTE FLAMENCO

Niña de los Peñes Niña de Utrero
Ceposo de Triana Niña de Marchena
Manolo Constantina El Sevillano
Niña de Linares Juanito Valderrama
Bata de Andalucía El Argentino

EXCÉNTRICOS

Alady Rafael Arco

NÚMEROS EXTRAORDINARIOS

75 cts.

JAZZ HOT ÉXITOS DEL CINE AMERICANO LA COPLA ANDALUZA

CANCIONERO VII EPOC

Lolita Esteban

1'25 ptas.

Número extraordinario: Una pta.

Los éxitos del jazz
Ritmos del jazz
Tangos: I. Argentina - Carlos Gardel
Las melodías de moda
200 copias de cante flamenco
Jazz-Hot (Ramón Evaristo)
E. Medina

Jazz y canciones de moda
Mosa rubano (Moshin)
Éxitos del momento (Jazz)
Jazz-Hot (Trudi Sara)
Jazz-Hot (Luis Duque)
Jazz-Hot (Joaquín Planas)
Orquesta Blokhend

NUESTRO TEATRO

NÚMEROS PUBLICADOS:

2 ptas.

LOS INTERESES CREADOS

J. Benavente

LA TABERNERA DEL PUERTO

F. Romero y G. Fernández Shaw

MARÍA DE LA O Rafael de León

LUISA FERNANDA

F. Romero y G. Fernández Shaw

ROMANCE DE LOLA MONTES

L. E. Ardevin

EL DIFUNTO ES UN VIVO

Prada e Iquino

LOS CLAVELES

Carreño y Sevilla

MORENA CLARA

Quintero y Guillén

LA DEL MANOJO DE ROSAS

Ramón de Castro y A. Carreño

LA MALQUERIDA

J. Benavente

SOL Y SOMBRA

Quintero y Guillén

MOLINOS DE VIENTO

L. Pascual Frutos

LA CANCIÓN DEL OLVIDO

F. Romero y G. F. Shaw

LA DEL SOTO DEL PARRAL

Carreño y Sevilla

LAS CALATRAVAS

F. Romero y J. Tellería

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la fieta	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
Margarita Gauthier	Greta Garbo y Robert Taylor
El bailarín pinto	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
María Estuando	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Los dos pilletes	Jacques Teyssié
Agüero de amor	Gene Raymond
La vuelta de Amanio	Warren William
Lupin	Mickey Rooney
Paja de hombres	Gino Cervi
Héctor Fieramosca	Lil Dagover
¿Es mi hijo?	Edmund Lowe
Es el manita de la noche	Lily Rons
El mundo a sus pies	A. Nazari
Sepultada en vida	C. Bernier
Una pavoja invisible	C. Grant
La mujer sin alma	John Boles
El diablo verde	Dorville Darrius
Dama del teatro	Kath. Hepburn
El detective y su comedia	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Los delincuentes del crimen	Richard Dix
Una aventura de la Península	Kate de Nagl
La última aventura	Cary Grant
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willi Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Las vacaciones del joven Norw	Mickay Rooney
Cupido sin memoria	Ann Southern
María Ilona	Paula Wessely
Pescado Jamaica	Charles Laughton
El caso Vana	Clive Brook
Pygmalion	Leslie Howard
La quimera de Hollywood	Nina Martin
Alarma en el expresero	M. Rodgrave
Los tres vagabundos	Heinz Rühman

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la luna y al Emán	Miguel Ligero
La Pavaia	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Monfort
Vaubena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última felle	Miguel Ligero
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Vellazquez
María de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Bayler
La canción de Aixa	I. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Eran tres hermanas	Luisa Gargallo
Schamios	Emilia Allaga
Don Fieripandio	Valeriano León
Melodía de arrabal	I. Argentina
En busca de una canción	C. Gargallo
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rota	Miguel Ligero
El crimen de medianoche	Juan de Orduña
Martingala	Ramón Pereda
Séptimo usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mujer fatal	Celia Gámez
Tierra y cielo	R. de Santamaría
Jai-Alai	Maruja Tomás
¿Quién me compra un lío?	Inda de Val
La alegría de la huerta	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Flora Santacruz
Alas de paz	Maruja Tomás

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Sabú, Toomay de los elfantes	Sabú
Tu cambiarás de vida	M. Rodgrave
El sobre lacado	L. Gargallo
Caemen, la de Triana	I. Argentina
La Dolores	Rocío Díaz
La Millona	R. de Santamaría
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Manzana (Loo de Aragón	M. de Diego
El estero mandamiento	Lina Yagor
Rumbo al Cielo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos alías de París	C. Berghon
Molinos de viento	Pedro Tena

BIOGRAFIAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Ligero
Estrellita Castro	Shirley Temple
Alejandro Maye	Melvin Douglas
Manuel Luna	Antonio Vico

PREMIOS A

EDITORIAL «ALAS».

Apartado 707.

BARCELONA

RECORDS OF THE

PROCEEDINGS OF THE
COUNCIL OF THE
MAYOR AND ALDERMEN OF THE
CITY OF NEW YORK

FOR THE YEAR 1891

IN THE
OFFICE OF THE
CITY CLERK

NEW YORK

1892

PRINTED BY

THE

OFFICE OF THE

CITY CLERK

NEW YORK

1892

PRINTED BY

THE

OFFICE OF THE

CITY CLERK

NEW YORK

CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(EL PRIMERO EN SU GÉNERO Y EL QUE TODOS IMITAN)

Primer número de CANCIONERO: CARLOS GARDEL - 30 octubre 1931

PRECIO: 2,50 PTAS.



CONCHITA PIQUER

Tatuaje - La Lirio - La Caramba - Almudena - Dime que me quieres - Eugenia de Montijo - No me llames Dolores - La niña de la estación - etc., etc.



MARUJA TOMÁS



Lola Montes - Yedra - La Chiquita Piconera - Farolero - Bebe y Bebe - La niña de la Ventera - Caravana - Doña Luz - ¿Qué te pasa, Trinia? - Te lo juro yo - etc. etc.

MARCOS REDONDO

El Divo - La Tabernera del Puerto - La rosa del azafrán - La del manojito de rosas - El cantar del arriero - Luisa Fernanda - La Parranda - Las gavilanes - etc., etc.



IMPERIO ARGENTINA

Goyescas - Carmen - Aixa - Melodía de arrabal - Su noche de bodas - Lo mejor es reír - Morena clara - La hermana San Sulpicio - etc., etc.



RAFAEL MEDINA

Dulces recuerdos - Perdóname - Angelita - Soñar otra vez - Ranchero soy - Presentimiento - Tango de amor - Al son de la marimba - Horas felices - Noches del trópico - Llegó el amor - Mari-Sol - etc.